P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**CAPELLANES MILITARES EN
DISTINTOS PAÍSES**

S. MILLÁN – 2024

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Batalla de Belgrado.

INGLATERRA

William Doyle.

ESTADOS UNIDOS.

Emil Kapaun.

Charles Watters.

Joseph O'Callahan.

Michael Quaely

Aloysius Smith.

Vincent Capodanno.

Walter Ciszek.

ITALIA

Guiseppe Abate.

Alfi Girolamo.

Michele Avedano

Giuseppe Boccicchio.

Salvatore Ercolino.

Marco Garbizza.

Carmelo Andrea La Corte.

Antonio Lazzarin.

Giacomo Massa.

Giacomo Pejnetti.

Guiseppe Roncalli.

Giovanni Fornasini.

Pietro Alagiani.

Giovani Brevi.

- a) El armamento.
- b) Los capellanes.
- c) Marcha de la muerte.
- d) Trabajos forzados.
- e) Las misas.
- f) La liberación.

ALEMANIA

Bernhard Häring.

Franz Stock.

Padre Gereon Goldmann.

ESPAÑA

Fernando de Huidobro.

- a) Caridad con todos.

- b) El crucifijo y la medalla.
- c) Servicios a legionarios.
- d) Navidad y Semana Santa.
- e) Su muerte.

LA DIVISIÓN AZUL

- 1.- Hechos concretos.
- 2.- La derrota de Krasny-Bor.
- 3.- Vida espiritual.
- 4.- Españoles compasivos.
- 5.- Regreso a España.
- 6.- La repatriación.

REFLEXIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

En este libro queremos poner de relieve la acción pastoral de los capellanes castrenses en el marco de sus actividades en tiempos de guerra. Algunos se dedican a evangelizar y ayudar espiritualmente a los heridos y enfermos de la guerra que están en hospitales establecidos o en hospitales de campaña. Otros están en el frente, acompañando personalmente a los soldados. Tienen que ayudarlos, animarlos y consolarlos en sus dificultades personales. Muchos deben acudir a los heridos en plena batalla para ayudarlos a bien morir. Después de la batalla, deben preocuparse de los entierros de los caídos. También se preocupan de que los católicos se confiesen y comulguen para estar preparados para una eventual muerte. Muchos de estos capellanes se preocupan especialmente de los que van a ser ejecutados tanto de su patria como de los enemigos. Para los sacerdotes no debe haber discriminación a la hora de ayudar a los heridos y ofrecerles su ayuda espiritual.

Incluso en algunos casos deben denunciar los hechos en los que algunos soldados asesinan por su cuenta a enemigos, que se habían rendido. En muchas ocasiones los que están muy graves entregan algunos objetos personales para que los capellanes se los entreguen a su familia.

La labor de los capellanes en el frente de batalla es muy arriesgada. Ellos no llevan armas, pero están expuestos a las balas de los enemigos porque deben acudir a los heridos graves que van a morir. Con frecuencia los camilleros no pueden atender a todos los caídos y los sacerdotes los ayudan a transportar a heridos o muertos a cubierto. Por otra parte todos los capellanes se preocupan de la formación espiritual de los soldados y oficiales. No solo para que asistan a misa los domingos y festivos, sino también para que se confiesen y comulguen y conozcan más y mejor nuestra fe. Para ello suelen repartir folletos o libros piadosos y escapularios o medallas. Antes de que comience la batalla, suelen darles la bendición y absolución general. Es decir, que en todo momento deben estar al lado de los soldados para ayudarlos. Y en los momentos de descanso y de tranquilidad, al estar a su lado pueden encontrar una buena ocasión para hablarles de Dios y de las cosas espirituales.

En otros tiempos en que había muchos analfabetos entre los soldados, hasta se preocupaban de darles clase de alfabetización y a la vez de catequesis. Y siempre que podían conseguir víveres extra o ropa apropiada, se la entregaban a los más necesitados.

Cuando los soldados están castigados en la cárcel por alguna acción malévolas, el capellán los visita para animarlos y conseguir su arrepentimiento, sobre todo si los van a ejecutar. Pero, como hemos anotado, como sacerdotes,

deben preocuparse también de atender en la medida de sus posibilidades de los heridos enemigos sin permitir que los eliminen, de llevarlos al puesto de socorro, o de enterrarlos y no dejarlos abandonados, a no ser que la prisa del avance o retroceso lo impida. Por otra parte los capellanes deben dar charlas o aconsejar en las homilías de la misa para que en todo momento se comporten como caballeros sin violentar a las mujeres, ni robar o saquear en las casas. Y, sobre todo, tener compasión con la gente civil y ayudarla en lo posible en sus necesidades. En una palabra, ellos han ido a la guerra, no a matar, sino para salvar almas y por tanto deben estar desarmados y preocuparse por encima de todo de la salvación de las almas.

BATALLA DE BELGRADO

San Juan de Capistrano es el patrón de los capellanes castrenses. Él fue el principal instrumento de Dios para ganar la batalla a los turcos.

Comenzó la batalla, hileras de turcos se acercaron al castillo como enjambres de abejas. Algunos se acercaron a los fosos, llevando haces de heno o sacos de tierra y de otras cosas para llenar los fosos. Los cristianos, permaneciendo firmes, herían y mataban muchos turcos, mientras que otros turcos llegaban hasta los muros arruinados, dispuestos a entrar en el castillo, pero fueron frenados con toda clase de armas disponibles.

Hacia medianoche intentaron por tercera vez el asalto con toda clase de aparatos de guerra y rodearon todo el castillo. Resistieron los defensores. Algunas mujeres ayudaban a los heridos y a los defensores de alguna manera como acercándoles flechas y animando a todos. Los turcos entraron en la primera parte del castillo y ocupaban ya la llanura que había entre la primera y la segunda parte con unos 700 soldados. Ya creían que el castillo estaba en sus manos y pusieron sobre las ruinas de los muros cinco banderas, invitando a entrar a más de los suyos. El jefe del castillo, Miguel, creía que ya era el fin de los cristianos y buscó salvarse por la puerta posterior que daba al Danubio y lo mismo los centinelas y algunos otros. Mientras tanto, otros muchos seguían en la lucha dispuestos a morir. También el señor Hunyadi huyó pensando que todo estaba perdido. Fray Juan seguía confiando en la victoria que el Señor le había revelado antes de la batalla e hizo entrar nuevos cruzados de refresco al castillo, abandonado por los principales jefes. Y de pronto se produjo el milagro. En los fosos había muchos turcos esperando para entrar en el castillo. Entonces los cruzados reunieron haces de sarmientos y de otras materias combustibles y las encendieron con azufre y las lanzaron contra los turcos de los fosos y sobre los que intentaban entrar por las brechas de las ruinas y todos quedaron atrapados por el fuego y muchos carbonizados. Los turcos que estaban en la llanura entre la

primera muralla y la segunda estaban aterrorizados y gritaban de dolor ante el fuego que los abrasaba y se tiraban de los muros altos. Los turcos se retiraron y se salvó el castillo definitivamente.

Algunos prisioneros dijeron después que algunos empezaron a insinuar que debían retirarse, porque el Dios de los cristianos combatía a su favor. De hecho todo quedó en silencio y se acabaron sus cantos. Algunos cristianos creyeron que, al ser el día de la fiesta de santa María Magdalena, ella había venido también a ayudarlos y que la victoria naval y esta victoria del castillo había sido obra de Dios, pero aún faltaba ganar la última batalla. Los jefes cristianos pensaron que la retirada de los turcos era estratégica y que podían volver. Por eso no querían entrar en el castillo. Y en la gran llanura, fuera del castillo, se manifestó el poder de Dios, pues, a pesar de que los jefes habían prohibido bajo pena de muerte salir a la gente del castillo para evitar el posible regreso de los turcos, muchos salieron.

Muchos cruzados salieron del castillo armados de arcos y flechas. Vino una tropa de turcos a caballo con las lanzas en ristre, pero ellos rechazaron a los turcos, golpeándolos con flechas por la espalda y tuvieron que regresar llenos de temor a su campamento. Ellos tuvieron miedo ante el tronar unánime del nombre de Jesús, gritado por los cruzados. Y fueron saliendo otros muchos del castillo sin ser agredidos por los turcos en la llanura.

Fray Juan con dos frailes y dos remeros y el portaestandarte se dirigieron en barca hacia los turcos, quienes creyeron que venía una multitud hacia ellos. Pasaron en barca a la otra parte del río y allí se les fueron juntando muchos otros cristianos. En total eran unos dos mil. Los turcos se prepararon para la defensa, creyendo que iban al ataque, Se refugiaron detrás de las grandes bombardas y aterrorizados se fueron marchando hacia atrás. Así los cristianos se apoderaron de las primeras bombardas. Llenos de alegría fueron hacia la segunda línea de defensa de los turcos sin disparar una sola flecha o tiro y gritando el nombre de Jesús. Los turcos abandonaron la segunda posición. ¿Qué vieron? ¿Qué sentían? Siguieron avanzando hasta la tercera posición de defensa de los turcos de la misma manera, gritando el nombre de Jesús y los turcos se retiraron dejando muchas armas y objetos de guerra.

Algunos prisioneros dijeron después que parecía que del rostro del padre Juan salían rayos resplandecientes de sol, dirigidos hacia ellos. También, dijeron, que el estandarte resplandecía con luces y por esta razón huían a la vista del padre. Lo cierto es que ganaron esta tercera batalla sin necesidad de ataque alguno. Era un milagro de Dios. Algunos dijeron que cuando el padre pasó el río en barca, vieron con él una infinita armada, cuando en realidad eran solo 2.000

cruzados ¹. Algunos autores dignos de fe concuerdan en que en esa batalla murieron unos 24.000 turcos. De hecho, para la mayoría de los húngaros el verdadero liberador fue fray Juan con la ayuda de Dios, que milagrosamente los salvó y ayudó.

Cristóforo da Várese declaró en su libro sobre la vida de san Juan de Capistrano que *la victoria fue conseguida en virtud del nombre de Jesús, por las plegarias del beato Juan de Capistrano y por la intercesión de la beata María Magdalena*, cuya fiesta ese año 1456 era el mismo día.

INGLATERRA

WILLIAM DOYLE

Sacerdote católico, capellán del ejército británico durante la primera guerra mundial, trataba de ayudar a todos y sepultar a los muertos, amigos o enemigos. A veces se arriesgaba para socorrer a los heridos, porque para él la salvación de una sola alma era muy importante, pero unos lo consideraban un héroe, mientras otros creían que era un loco por exponerse a la muerte con tanta facilidad. Él por su parte decía: *Pase lo que pase, todo será para mayor gloria de Dios.*

En el verano de 1917 durante la batalla de Ypres, este sacerdote jesuita seguía en su arriesgada labor cuando durante el asalto a la ciudad de Fresenburg le comunicaron que un oficial yacía herido en un lugar expuesto al fuego enemigo. No se lo pensó dos veces y acudió al herido, le administró la unción de los enfermos y lo arrastraba a cubierto. cuando un obús cayó allí mismo. El con todos los que estaban a su alrededor murieron. Dio la vida como buen soldado de Cristo por la salvación de los demás. Valió la pena morir, salvando vidas. Le concedieron la medalla de conducta distinguida en la batalla del Somme y una medalla colectiva por su valentía durante un ataque de gas. Fue nominado a la condecoración por Orden del servicio distinguido y a la condecoración de la Victoria Cross, siendo esta la condecoración más importante en las fuerzas armadas británicas. Pero lo más importante es que está abierta su causa de beatificación y esperamos que pronto pueda ser venerado en la Iglesia como un santo.

¹ Resumen del *Relato de la batalla de Belgrado de Giovanni da Tagliacozzo*, Ed. Curia provinciale dei frati minori, L'Aquila, 1989, pp. 48-108. Recordemos que fray Giovanni da Tagliacozzo era amigo y compañero de fray Juan en la batalla y aseguró que lo que escribe, lo vio con sus propios ojos.

ESTADOS UNIDOS

EMIL KAPAUN

Fue un capellán del ejército norteamericano en la guerra de Corea. En el libro *El milagro del padre Kapaun*, el autor Roy Wenzl cuenta que los soldados recordaban al capellán corriendo por el campo de batalla, rescatando a los heridos. A veces se alejaba 50 ó 100 metros de las líneas americanas para arrastrar a alguien de vuelta. Esa valentía le costó la vida. Durante una de las batallas en las que los norteamericanos tuvieron que retroceder, el padre Kapaun decidió quedarse con los heridos, sabiendo que sería capturado. Lo llevaron prisionero y en la cárcel ayudó a otros soldados encarcelados con su fe y los animaba a ofrecer sus dolores a Dios. De hecho la tasa de mortalidad de los presos de su prisión fue diez veces menor que en otros campos cercanos.

Su muerte la causó un coagulo de sangre en su pierna y una fuerte neumonía, pues le negaron la atención médica. Muchos soldados aseguraron que pudieron sobrevivir gracias a la atención y amor del padre Kapaun en aquel infierno de la prisión. Emil Kapaun recibió en 2013 la medalla de honor, la más alta condecoración militar de Estados Unidos

CHARLES WATTERS

Fue capellán militar del ejército norteamericano en Vietnam. El acompañaba a la 173 división aerotransportada. Participó en el único combate con lanzamiento de paracaidistas que hubo en ese conflicto, saltando desde el avión como uno más. Murió a causa del fuego amigo. En noviembre de 1967 el regimiento en el que se encontraba participaba en intensos combates en la batalla de Dak To. Él, como siempre, se movía en el frente e incluso se salía de él para confortar y animar a los paracaidistas, dar los primeros auxilios a los heridos y administrar los sacramentos. En una ocasión estaba arrodillado junto a un soldado moribundo, cuando un bombardero norteamericano dejó caer por error un proyectil, cayendo donde él estaba. Murió en el acto. Recibió de manera póstuma la medalla de honor del Congreso de Estados Unidos.

JOSEPH O'CALLAHAN

Era jesuita y sirvió en la Marina norteamericana durante la segunda guerra mundial. También recibió la medalla de honor en 1946 por sus acciones heroicas,

aunque no murió en el campo de batalla. Un día iba a bordo del US Franklin cerca de Japón, cuando un piloto japonés atacó el buque, provocando la muerte de mil hombres. El papel de este capellán fue clave para que no hubiera más muertos. Se dedicó en cuerpo y alma a rescatar a los que estaban atrapados y ayudó a controlar el fuego que había a bordo. Durante 3 días y 3 noches quiso quedarse en el barco, mientras se hundía, para seguir evacuando a los heridos.

MICHAEL QUAELY

Fue un capellán norteamericano que murió en Vietnam después de haber salvado ese mismo día, uno a uno, a cinco soldados a los que llevó a las trincheras. Cuando volvía a por más, las balas enemigas acabaron con su vida.

ALOYSIUS SCHMIT

Aloysius Smith es otro capellán del buque Oklahoma, que tras haber oficiado misa en el barco en Pearl Harbor, este fue atacado por los japoneses. Mientras el buque se hundía un grupo de hombres quedaron atrapados en un compartimento del que solo se podía huir por un pequeño agujero. Ayudó a salir a todos hasta quedar el último y, cuando estaban ayudando a sacarle desde fuera, llegó por detrás otro grupo de marineros. Él ordenó que lo dejaran caer de nuevo para que ayudaran a los que venían. Dijo: *Soltadme y que Dios os bendiga*. Y murió ahogado. Doce miembros de la tripulación salvaron su vida gracias a él.

VINCENT CAPODANNO

Sacerdote de la Congregación Maryknoll de Estados Unidos fue capellán militar en un batallón de marines en Vietnam. Su pelotón estaba un día en una misión de búsqueda y destrucción cuando se encontró con una ofensiva de 2.500 vietnamitas del norte. Avisaron al padre Capodanno y acudió a ayudar a los heridos en un helicóptero, que fue derribado entre los campos de arroz, cerca del campo de batalla. El padre oyó a un operador de radio que decía: *Hemos sido invadidos. No podemos aguantar*. El padre bajó de la colina donde estaba, agarró por el hombro al operador de radio y lo llevó a una relativa seguridad y eso lo hizo con otros heridos. Su primera herida fue un tiro que le atravesó la mano derecha. Asfixiado en medio de gases lacrimógenos, que intentaban dispersar el ataque vietnamita, el padre Capodanno, que había entregado su máscara antigás a un joven soldado, recibió una segunda herida que le incapacitó el hombro y brazo derecho. Fue vendado y se negó otra vez a abandonar el campo de batalla.

Poco después fue a ayudar al marine Lawrence David Peters, que, aunque herido, se había apoyado contra un tocón de árbol, expuesto al fuego enemigo, para poder señalar dónde estaban las ametralladoras enemigas. Nadie se atrevió a acercarse al sargento Peters, salvo el padre Capodanno, que corrió a su lado para rezar con él y cuidarlo. Los últimos minutos de la vida del padre fueron cerca de un nido de ametralladora enemiga que tres marines trataban de anular. Dos murieron al instante y el tercero, Ray Hartón, recibió un disparo en el hombro. Un soldado intentó ayudarlo, pero recibió disparos en ambas piernas. El padre fue a ayudar a Hartón y después a un médico católico que estaba herido. Y recibió 27 balas en la espalda.

Había sido un amigo, un padre y un compañero para todos. Cuando debían caminar, él caminaba a su lado. Cuando llevaban 40 libras a la espalda, él también. Cuando sudaban por el calor, él también Y cuando tenían que quedarse despiertos de noche en un puesto de escucha, él también. Valió la pena vivir para servir a tantos de sus compañeros soldados jóvenes que necesitaban el apoyo de un padre y de un consejero espiritual en esos momentos difíciles de la vida en que se encuentran en la guerra entre la vida y la muerte en cada momento.

WALTER CISZEK

El sacerdote norteamericano Walter Ciszek, en plena guerra mundial quiso acompañar como capellán a los miles de polacos que los rusos enviaban a Siberia. Entró en Rusia como si fuera un trabajador más, pero la policía secreta lo detectó y lo metieron en la cárcel de Moscú, Lubianka, acusado de ser espía del Vaticano. Nos dice: *Allí permanecí los años que duró la guerra (segunda guerra mundial). Después me condenaron a 15 años de trabajos forzados en Siberia. Junto con varios miles de personas me asignaron a las brigadas que trabajaban en construcción, en medio del frío polar del Ártico o en las minas de carbón y cobre, mal vestido, mal alimentado y alojado en condiciones miserables en barracones de madera, rodeados de un alambre de espinas y una zona prohibida. En esos campos había hombres que morían, especialmente los que caían en la desesperación. Yo confiaba en Dios y jamás me sentí abandonado y sin esperanza y, tanto yo como muchos otros, sobrevivimos. Daba gracias a Dios por sostenerme y velar por mí cada día de esos años de presidio... Durante esos largos años de soledad y sufrimiento, Dios me condujo a una comprensión de la vida y de su amor que solo quienes la han experimentado son capaces de entender. Me despojó de muchos de los consuelos externos, físicos y religiosos, en los que se apoya el hombre y me dejó como única guía un núcleo esencial de verdades aparentemente simples* ².

² Walter Ciszek, *Caminando por valles oscuros*, Ed. Palabra, Madrid, 2020, pp. 10-11.

Nuestro único consuelo espiritual era la misa. De vez en cuando podíamos yo y mi compañero escaparnos los dos solos al bosque para celebrarla en secreto. No había ornamentos, el tocón de un árbol nos servía de altar y debíamos estar constantemente alerta para evitar que nos descubrieran. De alguna manera esta necesidad de ocultarnos para ofrecer la misa solo venía a subrayar las dificultades a las que nos enfrentábamos; la práctica imposibilidad de hacer lo que habíamos ido a hacer por las personas que esperábamos atender nos infundía fuerzas. Después del evangelio pronunciábamos una breve homilía, primero el padre Nestrov y luego yo. Era increíble lo incisivo que podía resultar el mensaje evangélico en aquellas circunstancias. Nuestras almas parecían beber las palabras, saborearlas y sentir su divino poder. Y en el momento de la consagración. Dios se hacía presente en Teplaya Gora de un modo nuevo. En respuesta a nuestras súplicas, estaba allí donde el sacrificio del Calvario jamás se había celebrado antes. En ese sacramento podíamos ofrecer todos nuestros sacrificios junto con el suyo. Podíamos pedirle que bendijera a aquellos por quienes trabajábamos y rezábamos secretamente, por aquellos que quizás rezaban también en secreto, pero no podían rendirle culto abiertamente ³.

En todos los años que estuve en los campos de Siberia, salvo escasas excepciones, siempre se me asignaron los peores trabajos y las brigadas más duras. Eso era lo que merecían los cargos que me habían valido la condena. Por otra parte los campos brindaban la oportunidad de ejercer de algún modo mi sacerdocio y la aproveché. Los funcionarios estaban al corriente de dichas actividades gracias a los confidentes y continuaba atendiendo a mis compañeros presos. Me castigaban, enviándome a las brigadas más duras, al trabajo más sucio, a pesadas tareas extra, que me dejaban prácticamente extenuado y con poco tiempo y energía para ejercer el sacerdocio. Ningún esfuerzo por parte de mis amigos o seguidores influyentes logró que me trasladaran a brigadas mejores, excepto en raras ocasiones y por poco tiempo. A lo largo de los años que pasé allí, mi destino fue formar parte de las peores brigadas, excavando cimientos con las manos, abriendo zanjas en la tierra helada con un pico y una pala para las largas conducciones de alcantarillado, descargando a pelo y por la fuerza bruta pesados materiales de construcción o arrastrándome por los húmedos y oscuros agujeros de las minas, donde un mal paso o un accidente siempre significaba la muerte ⁴.

En cuanto yo aparecía en el recinto solo o acompañado de otro sacerdote, los presos que andaban por allí se te acercaban. En el momento en que una brigada, un barracón o un campo nuevos se enteraban de que alguien era

³ Ib. pp. 42-43.

⁴ Ib. pp. 125-126.

sacerdote, lo buscaban. No tenías necesidad de hacer amigos: acudían a ti. Era obra de la gracia de Dios y de lo poco que estaba en tu mano hacer. La gente se te acercaba, porque eras sacerdote, no por lo que fueras personalmente. Tampoco acudían siempre a ti con la esperanza de recibir consuelo o guía espiritual o la respuesta a un problema, acudían a ti esperando recibir la absolución de sus pecados. Aquella constatación era motivo de alegría y de humildad. Comprendías que acudían a ti como hombre de Dios, como representante de Dios, alguien ordenado para servir a los demás en las cosas de Dios.

Los católicos de ascendencia polaca, ucraniana, lituana y letona eran el principal objetivo de nuestro apostolado y el núcleo de cualquier “feligresía” de los campos. Se agarraban férreamente a la fe y les llenaba de alegría tener un sacerdote entre ellos y poder volver a recibir los sacramentos. Guardaban por tradición un profundo respeto a los sacerdotes y ponían todo su empeño en cuidar de nosotros y protegernos y en hacer posible y eficaz nuestro apostolado. Compartían con nosotros la escasa comida extra de que disponían. Se quedaban a vigilar cuando celebrábamos misa para advertirnos de la cercanía de los guardias o de la presencia de confidentes. Y nos traían a otros prisioneros. Naturalmente, no todos eran cristianos ejemplares, pero creían. Quizá no siempre fueran capaces de explicar las verdades de fe para satisfacer la curiosidad de quienes habían crecido dentro del sistema soviético, oyendo explicar o ridiculizar la religión en las escuelas, pero testimoniaban con su fe que esta proporcionaba otra dimensión de la vida; que un hombre podía creer en algo más que el mundo material; y que esa fe daba un sentido y un objetivo a una vida vivida en circunstancias que, de otra manera, solo serían motivo de desesperación⁵.

En los campos de los Urales el peligro y la dificultad de celebrar misa se convirtieron en una realidad. Entonces empezamos a hacer lo que probablemente hubiéramos debido hacer antes: prepararnos para decir misa de memoria. Temíamos perder nuestro juego de cáliz y misal, pero estábamos decididos a intentarlo mientras dispusiéramos de pan y vino. Tarde tras tarde, mientras los demás charlaban, leían o jugaban a las cartas, nosotros repetíamos las oraciones de la misa hasta que nos las supimos de memoria. ¡Cuántas veces, a lo largo de los años siguientes, di gracias a Dios por las misas en las serrerías de los Urales y por el tiempo de entrenamiento y de gracia que se me concedió para preparar los años que vendrían después!

Al cabo de unos meses, cuando el padre Víctor y yo nos hicimos un poco a la vida de los barracones, pudimos encontrar cada vez más ocasiones de celebrar misa. Salíamos a caminar juntos por el bosque, por ejemplo, y

⁵ Ib. p. 139.

celebrábamos sobre el tocón de un árbol. Yo no podía evitar pensar en cuánto se parecían a veces los bosques a una catedral: las altísimas hileras de árboles que formaban una arcada por encima de nosotros, el silencio susurrante, la belleza de la naturaleza que nos rodeaba, la callada blancura de la nieve en invierno. Hasta el tiempo parecía detenerse cuando ofrecíamos el sacrificio eterno del Calvario por las numerosas intenciones que llenaban nuestros pensamientos y nuestros corazones, entre las que no ocupaban un puesto menor los miles de necesitados de la Iglesia silenciosa, en aquella tierra en otro tiempo cristiana, para los que habíamos ido a ejercer en secreto nuestra labor de sacerdotes. Nunca olvidaré, en mi vida de sacerdocio, esas misas en los bosques de los Urales.

La misa era el cielo de nuestra existencia. Después de 13 años en Rusia como prisionero fui liberado. En 1963 pude regresar a mi patria, Estados Unidos, por intervención del Departamento de Estado. Fui canjeado por dos espías rusos.

ITALIA

En la primera guerra mundial (1914-1918) se movilizaron 70 millones de soldados de 20 países, hubo 9 millones de muertos militares y un millón de civiles. Murieron 93 capellanes militares y algunos recibieron 3 medallas de oro, 137 medallas de plata, 299 medallas de bronce y 94 cruces al mérito. Dos mil capellanes trabajaron como tales entre los soldados de infantería y con 576 ayudantes de los capellanes. Además tomaron parte en la contienda unos 15.000 soldados sacerdotes y clérigos movilizados, la mayor parte en secciones de sanidad. La acción de los capellanes se concretaba especialmente a celebrar misas diarias y festivas, funerales, predicar, administrar sacramentos, erección de capillas y la asistencia espiritual en las trincheras, animando a los soldados y aconsejándoles una buena conducta. Además, daban charlas morales, incluyendo servicios de ayuda en correspondencia, anotación de muertos, lucha contra la blasfemia y malas palabras, distribución de regalos y, sobre todo, visitar a los soldados en las trincheras. Normalmente el capellán era considerado un amigo, un hermano y un padre a quien podían acudir en cualquier momento para un consejo, confesión o ayuda en cualquier necesidad. Una de las cosas más comunes era animar a todos a rezar con él el rosario.

Algunos capellanes trabajaban en hospitales de campaña entre los heridos y otros en medio del fragor del combate.

GIUSEPPE ABATE

Nos dice: El 20 de agosto de 1917 mientras en medio de la batalla y del ruido de los disparos y de la artillería me dedicaba a socorrer y ayudar a los heridos graves que yacían en el campo de batalla, fui herido en la cabeza por una granada enemiga y tuve que estar varios días con la cabeza vendada. Me concedieron el honor de herido de guerra. A la misa que celebro los domingos y fiestas asiste la mayor parte de los oficiales y soldados, por lo general sin armamento, en pleno campo o a veces en iglesias. Si la celebro en el campo, la acompaña el coro de música del regimiento. Si es en la iglesia, alguno suele acompañar tocando el órgano o armonium. Uno de los sufrimientos del sacerdote es permanecer en ayunas para celebrar la misa, sobre todo cuando debe celebrar dos veces al día. Una de las fiestas más importantes era la del Corazón de Jesús, la Virgen del Carmen y la misa por los militares caídos en batalla. En todo tiempo yo administraba los sacramentos, especialmente de la confesión y comunión. Además, conseguí millares de folletos, catecismos y libros devotos para repartir entre los soldados. En cuanto a la correspondencia con las familias de los soldados, diré que han sido numerosas las cartas que he escrito para su tranquilidad, ya que algunos soldados no sabían leer y escribir. También llevo el registro de los difuntos y, al fallecer, recojo sus pertenencias personales para poder entregarlas a sus familiares.

ALFI GIROLAMO

Estaba asignado como capellán militar de un hospital de campaña. Dice: Trataba de que los soldados cumplieran con el precepto de la confesión y comunión por Pascua y les daba algunas charlas preparatorias en Cuaresma. En el hospital tenía una capillita donde guardaba las hostias consagradas. Antes de la derrota de Caporetto, los cuerpos de los muertos los hacía enterrar en el cementerio después de las ceremonias fúnebres, y acompañaba los restos hasta el cementerio. Un día tuve que asistir a 5 soldados que iban a ser fusilados. Tuve que prepararlos para la muerte, confesándolos y dándoles la comunión. Recuerdo como si fuese hoy que, mientras eran llevados al lugar de la ejecución, recitaban el avemaría llorando. También durante cinco meses tuve que preocuparme de la escuela para analfabetos del hospital con óptimos resultados. Dos terceras partes de los soldados cumplió con la obligación de confesar y comulgar por Pascua ⁶.

⁶ Pignoloni Vittorio, *I cappellani militari d'Italia nella grande guerra*, Ed. San Paolo, 2014, pp. 40-43.

MICHELE AVEDANO

Refiere: El 4 de diciembre de 1917 tuve que asistir a los muchos heridos y moribundos del ataque de los austríacos. Los nuestros tuvieron que ceder terreno y las tropas austríacas se presentaron a las puertas del hospital de campaña. Yo salí y me hice reconocer como capellán, invocando piedad para los heridos y refugiados. Los sanos salieron con las manos en alto. Me hicieron prisionero y tuve que caminar a pie con otros 300 oficiales hasta el castillo de Salzburgo y fui liberado el 5 de diciembre de 1918. Durante la prisión, no me permitieron celebrar misa, pero animé con mis consejos a los prisioneros que estaban conmigo ⁷.

GIUSEPPE BOCCHICCHIO

Anota: Fui alistado como capellán el 31 de marzo de 1915. Como conocía bien la lengua alemana, mi ministerio fue muy útil entre los prisioneros austríacos, de los que el 75% eran católicos, los cuales recibieron con agrado de mi parte la confesión y comunión. Es digno de anotarse la gran ignorancia religiosa de muchos de nuestros soldados, sobre todo de la Italia meridional y concretamente de Sicilia. El 14 de octubre de 1915 el Señor me concedió el consuelo de la conversión del protestante Kondo Michail, que fue rebautizado bajo condición, recibió la comunión y la unción de los enfermos y a los pocos momentos expiró ⁸.

ALFREDO DEL VECCHIO

Manifiesta: Antes de entrar en batalla a cada soldado y oficial de la compañía regalé una medalla milagrosa. Muchos también se confesaron y a todos les di la absolución general y la bendición. Los camilleros socorren a los heridos y los llevan al puesto de socorro. Mi trabajo aumentó sin medida. La línea de combate era muy extensa y no podía llevar a todos el consuelo de la religión. Pero a todos los que me acercaba, veía que morían con resignación. Un camillero me dio la triste noticia de que el capellán de la compañía 137 estaba gravemente herido. Era un querido amigo y colega y murió a las pocas horas. Había caído cumpliendo su deber. Lo sustituí en cuanto pude, notando una protección especial de la providencia divina ⁹.

⁷ Ib. pp. 447-448.

⁸ Ib. pp. 79-82.

⁹ Ib. pp. 205- 206.

En una sala se habían reunido en Consejo de guerra un general, tres coroneles, algunos capitanes. Se trataba de juzgar un sargento y dos soldados que se encontraron fuera de su compañía durante el combate. El abogado fiscal pedía el fusilamiento inmediato. Un silencio sepulcral reinaba en el ambiente. En el rostro de todos se veía una terrible angustia. Observé que la mayoría se inclinaba a la condena. Alguno se levantó en defensa de los tres desgraciados. Yo también apoyé su defensa y los tres fueron enviados a juicio de un tribunal de guerra ordinario sin la pena de muerte. Cuando me presenté ante ellos, estaban pálidos y me expresaron mucho agradecimiento ¹⁰. Después de la batalla, hubo que enterrar a todos los muertos. Enterramos a los enemigos y a los nuestros.

SALVATORE ERCOLINO

Nos dice: Uno de los médicos del hospital de campaña era ateo y se enfermó de tifus. Le hablé de los sacramentos pero parecía inútil. Recé e hice penitencia por él y tuve el gusto de confesarlo y darle la comunión dos veces. Se convirtió de tal modo que no quería que me alejara de su cama, rogándome que le hablase de Dios y recitase el breviario a su cabecera. Otro oficial se me aficionó de tal modo que no quería recibir las medicinas ni alimentos, si no eran de mis manos. Cuando tenía dolores fuertes, me hacía llamar y alguna vez me quedé a su lado toda la noche. Algún oficial comulgaba todos los días y esperaba a comulgar antes de tomar el café . Cuando tenía tiempo libre, daba clase de catecismo a un grupo de soldados. Por consejo de los médicos, para hacerme útil a los enfermos, les ofrecía azúcar y algunas cosas buenas compradas por mí. A algunos especiales les ofrecía huevos, que costaban caros y que la administración no podía darles. A algunos les daba algún dinero para sus necesidades, sellos para las cartas, papel para escribir o alguna ropa útil. También distribuía buenos libros de lectura o folletos contra la blasfemia y la inmoralidad. Y traté con prudencia de que no se vendieran entre los soldados periódicos o revistas inmorales. Todos los días a una hora determinada me ocupaba de escribir o responder a los padres y parientes de los enfermos. Rezaba el rosario en distintas salas con los soldados enfermos y oía las confesiones de quienes me lo pedían También administraba la unción a los enfermos a los más graves. Tenía la costumbre de dar a cada enfermo una imagencita y un libro de devoción. Algunos me pedían que celebrara misa por alguna intención particular y no les cobraba. En cuatro años en el hospital de campaña del que era capellán, las comuniones superaron las 5.000 y entre ellas 75 primeras comuniones ¹¹.

¹⁰ Ib. p. 211.

¹¹ Ib. pp. 233-238.

MARCO GARBIZZA

Dice: En la dolorosa retirada de 1917 hice presente a los soldados el peligro del momento en que estábamos de perder la vida y les recordé que invocaran la ayuda de Dios, exhortándolos a la oración y al arrepentimiento de sus culpas y les di la absolución general y la bendición ¹².

En una ocasión corrían entre los soldados posters inmorales y, de acuerdo con otros capellanes, compramos a bajo precio una bellas estampas religiosas, que les regalamos y así contrarrestamos la influencia de malas lecturas e imágenes ¹³.

CARMELO ANDREA LA CORTE

Refiere: Cuando caímos prisioneros, fuimos conducidos a Caporetto y después de un angustioso viaje a la prisión en territorio austríaco. Fuimos llevados al campo de concentración de Sigmendsherberg, donde no podía celebrar misa. Había 3.000 enfermos y pude animarlos en las míseras condiciones en que se encontraban. Algunas noches pasé administrando la unción de los enfermos. Una tarde se me presentó un joven, eludiendo la vigilancia de los centinelas austríacos. Había llegado para poder cumplir la obligación de confesar y comulgar por Pascua. Pude conseguir algunos paquetes de pan y darles pan a algunos de los más necesitados de los enfermos ¹⁴.

ANTONIO LAZZARIN

Afirma que su misión de capellán se desarrolló sobre todo en dos trenes, llenos de enfermos. Desde septiembre de 1915 hasta 1918, hizo 202 viajes, acompañando 65.000 heridos y enfermos. Declara: Cuando el tren está en marcha, celebro la misa en el vagón del centro, en la sala de medicación. Me entretengo después de la misa con los enfermos aconsejándoles y animándolos en su difícil situación. En estos viajes, algunos me consignan relojes, dinero y algunos objetos de su propiedad para cuando se sanen o, en caso de muerte, para dárselos a sus familiares. En los tres años de servicio en los trenes hospitales, he sido para los enfermos como el buen samaritano o el padre misericordioso.

¹² Ib. p. 313.

¹³ Ib. p. 317.

¹⁴ Ib. pp. 357-360.

Cuando el tren se detiene, celebro la misa cada mañana y dirijo la palabra a los asistentes, aconsejándoles contra las inmoralidades y las blasfemias entre otras cosas ¹⁵.

GIACOMO MASSA

Anota que el 7 de Julio de 1916 los nuestros hicieron un fuerte ataque. Mis soldados me conocieron, pues me vieron en peligro de muerte al acercarme a consolar a los caídos moribundos. Muchos me decían: *Cuídese que disparan*. Yo les respondía: *Hijo, he venido para hacer el bien*. Cuando visitaba a los soldados, les daba un cigarro o papel de carta para escribir a su familia o algo que les diera a entender que yo era para ellos un padre, que me preocupaba de su bienestar.

GIACOMO PEJNETTI

Dice que, cuando atendía a los enfermos en un hospital de infecciosos donde morían muchos, al escribir a las familias, les aseguraba que habían muerto como cristianos con los santos sacramentos ¹⁶.

PIETRO PEROSINO

Declara: Cuando nos hicieron prisioneros, nos condujeron a Campomulo y pasamos la noche en ayunas. Al día siguiente llegamos a Bocchetta Portule. A los oficiales les dieron media ración de pan y una taza de carne. A parte de la tropa, una galleta y media taza con carne. Siguió la marcha y llegamos a un viejo cuartel de donde salimos al día siguiente con el estómago vacío. Nos habían dado media ración de pan. Después a los oficiales les dieron una tajada de pan con salame y una taza de té. Nos reunieron en unas barracas, nos obligaron a bañarnos y nos pusieron a 50 soldados por barraca. Nos dijeron que era un lugar provisional pero estuvimos allí seis meses. La higiene y la limpieza brillaban por su ausencia. El campo había sido hasta hacía poco un local de aislamiento para enfermedades infecciosas de los rusos. No teníamos ni desinfectantes, ni jabón, ni ropa de cama. El general comandante del campo nos odiaba y también los que le rodeaban con algunas excepciones. Gozaba cuando nos negaba alguna petición, diciéndonos que así eran tratados sus prisioneros en Italia. Nos prohibió hacer deporte, y nos quitó la luz a las 10 p.m. El peor tratamiento lo tuve como sacerdote. Éramos cinco capellanes italianos. A los tres meses pudimos celebrar

¹⁵ Ib. pp. 364-366.

¹⁶ Ib. p. 562.

la primera misa, porque ese día en el campo iba a visitarnos el Nuncio apostólico Monseñor Valfre di Bonzo ¹⁷.

GIUSEPPE RONCALLI

El futuro Papa Juan XXIII, durante la primera guerra mundial, fue primero sargento de sanidad y después capellán militar. Entre sus obligaciones estaba asistir a los heridos y moribundos en los hospitales de Bérgamo, promover la consagración de las tropas al Sagrado Corazón de Jesús y atender especialmente a los que fueron repatriados de Austria por estar tuberculosos o gravemente enfermos. Incluso, después de la derrota de Caporetto, tuvo que animar a la población para poder detener al enemigo que iba avanzando sin control. Él estaba al frente de los servicios religiosos de los hospitales de Bérgamo.

En esta primera guerra mundial participaron 22.000 clérigos y sacerdotes italianos, unos como soldados-sacerdotes y otros como capellanes militares. Cuando comenzó la guerra y tuvo que ir como capellán, tenía 34 años y era profesor de historia eclesiástica, patología y apologética en el Seminario de Bérgamo. Y había sido durante diez años secretario del obispo Giacomo María Radini.

Cuando tenía 20 años el 1 de diciembre de 1901 había tenido que hacer el servicio militar hasta noviembre de 1902. Era soldado-seminarista y él recuerda que dentro de todo fue una experiencia rica, humanamente hablando. Escribió: He encontrado óptimos Superiores que me respetan y me dan amplia libertad para mis prácticas religiosas. Mis compañeros soldados son casi todos de Bérgamo y Brescia, que me conocen como clérigo y hasta ahora he recibido en todo momento señales de respeto ¹⁸.

En una ocasión, refiriéndose a su periodo de servicio militar, anotó: Podía perder mi vocación con tantos pobres infelices y no la he perdido. Podía perder la pureza y por gracia de Dios no pasó nada. He pasado a través del fango e impedí que me salpicase. Estoy vivo, sano, robusto como antes y quizás mejor que antes. Jesús, te agradezco y te amo ¹⁹. El 10 de agosto de 1904 dos años después del servicio militar, fue ordenado sacerdote y fue destinado como secretario del obispo Radini de Bérgamo.

¹⁷ Ib. pp. 592-598.

¹⁸ Cavalli Giorgio, *Angelo Giuseppe Roncalli, cappellano militare nella grande guerra*, Gaspari editore, Udine, 2023, p. 28.

¹⁹ Ib. pp. 29-30.

En 1915 fue llamado a las armas. Se dirigió al distrito militar de sanidad de Milán, donde recibió su uniforme militar con el título de sargento para los servicios de sanidad. Fue destinado a Bérgamo, al Seminario convertido en hospital, y pudo así seguir viviendo en su misma habitación anterior del Seminario.

Nos dice que después de la batalla de Isonzo, comenzaron a llegar numerosos heridos. Él se metió de lleno en la tarea tratando de ayudar en lo posible a los heridos, aprovechando para hablarles de Dios y de preparar para la muerte a los moribundos. El, como sargento de sanidad, estaba en el servicio auxiliar a las órdenes de los médicos. Ayudaba en desinfecciones, vacunaciones, transporte de heridos graves a hospitales de la ciudad, limpieza de ropa y ambientes. En la batalla hubo unos 15.000 muertos. Con la segunda batalla de Isonzo los caídos llegaron a 50.000 y con la tercera llegaron a 70.000.

Hasta el 31 de diciembre de 1915, Giuseppe Roncalli acogió a los soldados heridos y enfermos en el Seminario-hospital que tenía una capacidad de 584 camas. Después los pacientes fueron transferidos a la Casa de Recuperación, conocida como *Ricopero Nuovo*, que tenía 1.500 camas. En el Seminario-hospital quedaron solo tres soldados no transportables. Uno murió aquel mismo día, otro el 1 de enero y el tercero fue transportado con los demás al Ricopero nuevo.

El 28 de marzo de 1916 recibió el nombramiento de capellán militar con el ascenso al rango de oficial en el grado de subteniente y después a teniente. Él prefirió llevar sotana y no uniforme. Ahora con el título de capellán militar tenía más libertad de movimiento entre la tropa, que si hubiera sido un simple soldado-sacerdote. Tenía a su cargo dos hospitales con un total de 580 pacientes, de ellos afirma que se murieron solo cinco artilleros, todos de pulmonía. Él se preocupaba, no solo de los enfermos y heridos, sino también de comunicarse con sus familiares y a todos llevaba mensajes de esperanza y de fe. Cuando moría un soldado, anotaba sus datos y lo acompañaba al cementerio, confiándolo a la misericordia divina.

Por su parte, Roncalli tenía dos hermanos, Zaverio y Giuseppino, entre los soldados. A Giuseppino, que era el más joven de los 12 hermanos, le escribió en una carta: *Cuando celebros la misa, tú eres siempre el primero que me viene a la mente*. Esta carta no llegó a su destino porque Giuseppino había sido hecho prisionero y no sabían nada de él. En abril de 1918 llegó una tarjeta de Giuseppino, enviada dos meses antes en la que decía que seguía prisionero de los austríacos.

A todos los problemas de la guerra con tantos muertos y heridos se unió el problema de la famosa gripe, llamada la española que hacía estragos y muchos

también morían de los efectos de la gripe, que era muy contagiosa. Uno de sus pacientes, nos dice que era un negro llamado Salem Serdaney, musulmán. El 5 de octubre de 1918 agonizaba y fue bautizado por la Superiora del hospital antes de morir. Roncalli quiso estar a su cabecera y rezar por su alma. En un pequeño hospital de campaña había 30 enfermos de la gripe y todos murieron, incluido el capellán, por haberlos atendido a todos. También murió la hermana de Roncalli, Enrica, de 25 años por la gripe. Él la estuvo velando toda la noche anterior.

Cuando en 1918 la guerra se veía que estaba terminando, regresaron a casa muchos prisioneros italianos, afectos de tuberculosis que eran repatriados de Austria por razones humanitarias. Entre los repatriados estaba su hermano Giuseppino, que fue internado en el hospital de Montegrotto cerca de Padua. Roncalli fue a visitarlo y atenderlo. Lo encontró a su hermano muy débil por los sufrimientos de la prisión. El capitán médico dijo que estaba muy grave. Si coge la gripe, no tendrá posibilidades de sobrevivir. Roncalli, antes de regresar de Padua, fue a rezar por su hermano a la tumba del beato Gregorio Barbarigo y de San Antonio de Padua, para obtener la gracia de la salud para su hermano. Hizo a Dios el voto de que en caso positivo se dedicaría por entero al apostolado entre los jóvenes. Su hermano Giuseppino comenzó a mejorar y el 12 de diciembre de 1918 ya estaba en casa recuperado. Roncalli reconoció un milagro de Dios por medio de san Antonio y del beato Gregorio. El 7 de febrero de 1919 fue liberado de sus cargos militares y pudo volver a su vida normal de sacerdote.

GIOVANNI FORNASINI

Fue un sacerdote diocesano que se sentía obligado a ayudar a todos los oprimidos y perseguidos por los ocupantes alemanes en Italia en la segunda guerra mundial. Nació el 23 de febrero de 1915. En 1931 ingreso en el Seminario de Borgo Capanne. En 1935 fue enviado a su casa durante algunos meses para recuperar su débil salud. En 1937 fue a Lourdes con un tren de la Unitali italiana, lleno de enfermos. Él volvió lleno de energía y toda la vida estuvo espiritualmente unido a la Virgen de Lourdes. Apenas ordenado sacerdote, quiso celebrar una de sus primeras misas en Campeggio, donde el párroco había reconstruido una pequeña gruta de Lourdes.

Fue ordenado sacerdote el 28 de junio de 1942 en la iglesia de San Pedro en Bologna. El 27 de septiembre de 1942 tomó posesión oficialmente de la parroquia de Sperticano. Se hizo conocer de todos sus feligreses, él que era alto y flaco, como el sacerdote de la bicicleta, pues recorría diferentes lugares y pueblos con su bicicleta. Nunca tuvo rencor o antipatía contra los ocupantes alemanes. Él atendía a todos, fueran alemanes heridos o partisanos, o civiles necesitados. A todos los consideraba como sus hijos espirituales y a todos atendía con amor de

padre. Las puertas de la parroquia estaban siempre abiertas para quien deseara hablar con él o buscaba alguna ayuda.

Uno de sus compañeros de Seminario, Lino Cattoi, nos dice que era débil de salud pero cuando se ordenó sacerdote desarrolló una actividad que parecía imposible para él. Su celo por las almas y su energía espiritual hicieron que pudiera desarrollar una gran actividad, recorriendo pueblos con su bicicleta y ayudando a todo el que veía en necesidad. No tenía temor a la muerte, aunque trataba de ser prudente. Cuando alguno de los párrocos de alrededor estaba ausente o enfermo, él atendía sin problemas a sus feligreses. El obispo le aconsejaba que se escondiera de los alemanes, pero él prefería estar disponible para todos confiando en Dios.

Veamos algunos hechos concretos, El 27 de julio de 1943 a 7 kilómetros de Sperticano bombardearon Lama di Reno y el padre Fornasini fue el primero en ir a socorrer a los heridos y buscar las víctimas para enterrarlas. El 8 de septiembre de 1943 hizo una colecta de recogida de ropa, alimentos y otros objetos para darles a los que habían sufrido daño por los bombardeos.

En enero de 1944 algunos partisanos se acercan a Monte Sole y los soldados alemanes los buscan por los alrededores. En marzo de 1944 los alemanes toman represalias, incendian 40 casas, quedan decenas de personas sin casa además de 12 muertos. Fornasini no tiene reposo y con su bicicleta va por todas partes, pidiendo ayuda para los necesitados, sobre todo ropa y alimentos. En otra segunda represalia, los alemanes encuentran algunos agricultores trabajando en un lugar donde suponían que estaban los partisanos. Los acusan de encubrir a los partisanos y son condenados a muerte. Don Fornasini se hace garante de su inocencia y consigue que sean librados de la muerte ²⁰.

Don Gabriele Bonani, teniente capellán del ejército italiano, acogió a dos prisioneros ingleses, escapados de prisión, a los que se unió también un piloto sudafricano, que se había salvado de la búsqueda de los alemanes. Don Gabriele nos dice: Coordiné con don Fornasini de Sperticano y decidí confiarle los tres prisioneros para que los ayudase a pasar el frente de batalla cerca de su parroquia. El 12 de septiembre de 1944, después de tres meses de vida en el bosque, los llevé a un lugar seguro, don Fornasini debía recoger a los prisioneros ingleses con la palabra de orden Christmas. Después me comunicó que los tres jóvenes pasaron la frontera sin problemas ²¹.

²⁰ Fabio Franci, *L'angelo in bicicletta, don Giovanni Fornasini*, Bologna, 2018, p. 98.

²¹ Ib. p. 99.

El 22 de junio de 1944 los alemanes hacen una búsqueda a fondo y todas las casas son quemadas. Los hombres son capturados y cargados en un camión, llevándolos a Bologna. Don Fornasini continúa con su obra de ayuda. Los vecinos lo ven cargado de paquetes de cosas recogidas para ayudar a los necesitados. Y no solo ayudando a los de su parroquia, sino a todos los de la región de Marzabotto. Lo acusaron de ayudar a los partisanos. Lo veían con su bicicleta recorriendo la zona y trataba de consolar a los rehenes, enterrar a los muertos y previniendo a algunos que se escondieran de los alemanes.

El 23 de junio de 1944 un joven intentó huir del pelotón de ejecución y lo mataron. Su cuerpo cayó al fondo de un despeñadero. Don Fornasini invitó a un par de parroquianos a ayudarlo a rescatar el cuerpo. No se sabe cómo hizo, pero consiguió de los alemanes poder rescatar el cuerpo para darle digna sepultura. El 24 de junio de 1944 Don Fornasini pasó todo el día intentando de los alemanes salvar a los que habían tomado de rehenes. Otro día deciden los alemanes como represalia quemar las casas del lugar. Don Fornasini invita al comandante alemán a la parroquia y le ofrece dinero y un cerdo. La orden queda revocada. El 30 de julio de 1944 un tren, cargado de bencina y municiones, se prende fuego y explota, produciendo muchos daños en las vías férreas. No se conocen las causas del desastre. Los alemanes piensan en un sabotaje y deciden fusilar a unos 20 civiles, escogidos entre gente del campo y viandantes. El padre Fornasini los visita y, mientras está con ellos, se conoce la noticia de que no ha sido un sabotaje, sino un grave error, debido al hijo del jefe de la estación del tren.

El padre Fornasini se hace acompañar con otros dos sacerdotes y van a Bologna a aclarar las cosas ante el comandante alemán. Así se consigue liberar a los rehenes condenados. Los liberados quisieron hacerle un regalo. Él les dijo: El mejor regalo que podéis hacerme es ir misa y comulgar. Don Fornasini no es político y lo mismo trata con los partisanos que con los alemanes con tal de ayudar a todos a mejorar su situación y liberarlos de los peligros de unos y otros.

En otra ocasión los partisanos hacen algunos heridos entre los soldados alemanes y comenzaron las represalias. Toman 32 personas, entre ellas la mayoría mujeres y niños, para ejecutarlos. Don Fornasini habla con los alemanes, diciendo que en esa zona no hay partisanos. Los alemanes quieren constatarlo y él los dirige al bosque donde no hay ni trazas de partisanos y los rehenes son también en este caso liberados por su intercesión.

El 5 de agosto de 1944 un soldado alemán es asesinado. Toman de rehenes a 40 personas entre hombres, mujeres y niños y los conducen a Montasico. Don Fornasini interviene de inmediato y se ofrece a cambio de los rehenes, pero los alemanes esta vez no aceptan, los ejecutan e incendian las casas.

El 22 de agosto de 1944 es asesinado el prefecto de Marzabotto y se desata la represalia. Toman a 30 personas y fusilan de inmediato a dos hombres. Don Fornasini se estaba preparando para la celebración de la misa en Sperticano. De inmediato, sin celebrar la misa, toma su bicicleta y va a hablar al comandante alemán. Esta vez su intervención resulta en parte positiva. Los alemanes deciden asesinarlos y Don Fornasini se ofrece en lugar de todos ellos, porque ellos tenían familia y él estaba solo. El comandante decide que 18 civiles sean llevados a un campo de trabajos forzados, mientras confirma la condena a muerte de los otros 12. A unos y otros los prepara y consuela con los sacramentos y después recoge los cuerpos de los asesinados y los lleva al cementerio de Malfolle.

El 8 de septiembre de 1944 Don Fornasini es consciente de que cualquier día pueden matarlo a él y escribe su testamento. Pide perdón a quienes ha ofendido y pide por intercesión de la Virgen María la perseverancia hasta el fin de su vida. También manda un saludo al arzobispo y a sus hermanos compañeros del sacerdocio, despidiéndose de su madre y de su familia, sin olvidar a la mujer de servicio María Frassinetti.

El 29 de septiembre de 1944 una mujer lo busca para que interceda por su esposo y otros hombres que iban a ser ajusticiados. Él toma la bicicleta y se dirige a Pioppe y junto con el párroco del lugar se dirige al comando alemán. Son tomados prisioneros. Consuelan a todos los presos. Al día siguiente los liberan a los dos sacerdotes con la obligación de que vayan a Bologna para que el arzobispo les dé documentos oficiales de que son auténticos sacerdotes. Consiguió el documento y lo presentó a los alemanes antes de regresar a su parroquia. Ese mismo día 30 de septiembre los alemanes del lugar hacen un saqueo en las casas de su parroquia de Sperticano, se llevan cerdos, vino, pan y toda clase de objetos que encuentran en las casas. También se llevan su bicicleta. Tuvo que dedicarse a enterrar a los asesinados.

El 5 de octubre continuaron las masacres. En Biguzzi mataron 23 personas. El 8 de octubre de 1944 los de la SS ocuparon la casa parroquial, la iglesia y muchas casas de la parroquia. El comandante alemán y algunos oficiales se instalaron en la casa parroquial. El capitán fue a la oficina del párroco y empezó a tirar los libros. Las mujeres, la madre de don Fornasini, la cuñada, la mujer de servicio y alguna otra corrieron a recoger los libros y llevarlos a otro sitio seguro. Los soldados se instalaron en el local de la escuela. La parroquia se había convertido en una verdadera prisión. Don Fornasini no podía entrar o salir sin permiso expreso. Las mujeres presentes debían preparar las comidas para los oficiales. El 12 de octubre de 1944 un grupo de soldados decidió festejar al capitán por su cumpleaños y pidieron que participaran también las mujeres presentes en la parroquia.

A las 7 p.m. los alemanes vinieron a buscar a las mujeres para la fiesta, especialmente querían que asistieran Anna Zappoli de 20 años y Carla degli Esposti de 14. Don Fornasini decidió ir también. Los alemanes lo miraban con fastidio, pero él tenía claro que debía salvar la pureza de las jóvenes. Los alemanes estaban borrachos y empezaron a meter la mano a las mujeres. El capitán se enfureció, estando borracho, con Don Fornasini. Por fin se fueron los oficiales con Fornasini y las mujeres a dormir a la casa parroquial, pero el ambiente estaba muy tenso y se podía esperar cualquier cosa. Por la mañana se levantó temprano el capitán y preguntó por el pastor, es decir, por Don Fornasini. Tomó el desayuno que le sirvieron y exigió que el párroco fuera a encontrarse con él en tal lugar como habían quedado en la noche anterior. Al mediodía el capitán y los oficiales regresaron a la casa parroquial para tomar la comida. El padre Fornasini no apareció como se suponía y su madre preguntó al capitán. Los alemanes comenzaron a reírse y a hacer bromas y el capitán dijo *Pastore Kaputt*, o sea, el párroco está muerto.

La muerte de Don Fornasini fue una venganza personal del capitán por no haberle permitido celebrar la fiesta de su cumpleaños a todo dar con las mujeres como hubiera deseado. Fue, pues, como un mártir por defender la pureza de las mujeres y por no ceder a las exigencias de los crueles SS.

Don Fornasini había sido asesinado en la parte posterior del cementerio de San Martín. Un lugar aislado, escondido, poco visible y muy estrecho. Su cuerpo fue encontrado con el aspersionario en un bolsillo. Don Fornasini había terminado dos años de ministerio sacerdotal al servicio de los demás, de los necesitados. Así se cerró la breve vida de Don Fornasini. Otro cuerpo había junto al del sacerdote. El de Darío Moschetti, que era inválido de ambas piernas.

El 18 de octubre los alemanes tomaron su armamento y sus papeles y se fueron. El cuerpo de don Fornasini quedó insepulto desde el 13 de octubre de 1944, día en que lo asesinaron hasta el 22 de abril de 1945, 193 días, cerca de seis meses y medio. Su cuerpo estuvo expuesto a la lluvia, al viento, a la nieve y a los posibles asaltos de los animales. Su cuerpo estaba sin la cabeza. Solo quedaba la calavera a un metro de distancia. En un bolsillo tenía el diccionario italiano-alemán y un ritual para enterrar a los muertos en latín.

Después de 32 años de su muerte un grupo de fieles de Marzabotto pidieron que se hiciera el proceso de beatificación para los tres párrocos considerados mártires del Monte Solé, para Don Fernando Casagrande, Don Ubaldo Marchioni y Giovanni Fornasini. Estos tres sacerdotes trabajaron por salvar varias personas de las represalias y condenas a muerte. Hicieron lo posible para aliviar las condiciones de sufrimientos que golpeaban a muchos inocentes.

Y teniendo la posibilidad de esconderse en lugar seguro, escogieron libremente quedarse en su puesto, siguiendo con su ministerio y arriesgando su vida.

Amelia Marzari dio el siguiente testimonio: Puedo decir que Don Fornasini me ha salvado. En tiempo de la guerra mi esposo desapareció y se fue con los partisanos. Yo estaba en la miseria y fui a casa de mi madre. Una noche llegó un camión lleno de alemanes, rompieron la puerta y entraron en casa. Tenía un niño en cama y mi madre estaba con tifus. No había nadie más. Los alemanes buscaban a mi marido, rodearon la casa, pero no lo encontraron. Me dejaron en una habitación de la casa donde debía dormir en el suelo. Una mañana siento que don Fornasini me llamaba. Me dijo: Toma tus vestidos y vámonos. Me dio una hogaza de pan y un queso y me salvó, pues me iban a enviar a Alemania.

Amelia Lolli nos dice: Los alemanes habían quemado todo el grano que teníamos en el granero. Mi padre lloraba, porque nosotros éramos cuatro hermanos y nos quedábamos sin nada. Vino don Fornasini y le dijo: Giovanni, ánimo. porque tus hijos no morirán de hambre. Hay quien está peor porque en Monte Solé quemaron todas las casas y mataron a toda la gente que encontraron.

Don Fornasini fue un sacerdote ejemplar que dio la vida por salvar la de los demás.

PIETRO ALAGIANI

Era capellán del ejército italiano durante la segunda guerra mundial y fue hecho prisionero el 19 de diciembre de 1942 en Rusia. Durante los 12 años que siguieron, estuvo en distintas cárceles, sometido a torturantes interrogatorios para, al fin, ser condenado por *pertenecer a una organización contrarrevolucionaria, la Compañía de Jesús, y por tener relaciones con una potencia extranjera: el Vaticano.*

Durante nueve años, tuvo la gracia divina de tener consigo, en una bolsita colgada al cuello, a Jesús Eucaristía. Y, a pesar de los continuos y severos registros, nunca pudieron quitárselo. Él mismo dice:

Durante nueve años, en los traslados por las distintas cárceles y en el aislamiento de la celda, tuve siempre conmigo la inseparable compañía de mi Señor sacramentado. Esto me comunicó una inagotable energía física y moral, y fue la fuente que alimentó mi vida espiritual y mi mayor felicidad. Y no podía ser de otro modo, porque llevaba conmigo el pan angélico y el fuego celestial. ¡Todo lo poseía, poseyendo a Jesús sacramentado!

*Tengo que decir que, al principio, figurándome que volvería pronto a la patria, consumí muchas de las ciento veinte partículas consagradas, pero luego, viendo que aquello iba para largo, comulgué sólo los domingos y en las fiestas principales y, por fin, después de la condena, dividí el resto de manera que, comulgando cada primer viernes de mes, me alcanzaran hasta el primer viernes de febrero de 1957*²².

*Tuve la fortuna de vivir, sufrir, de comer y trabajar, de dormir y rezar, siempre en compañía de Jesús sacramentado, de día y de noche, ininterrumpidamente. ¡Cada momento y en cualquier lugar podía dirigir mis ardientes palabras de amor y de comunión espiritual a Jesús presente! Cada noche podía cantar el “Tantum ergo” y recibir la bendición de Jesús sacramentado, rescatado con riesgo de la vida a los intentos sacrílegos de los bolcheviques*²³.

*A pesar de las continuas dolencias, del hambre terrible, del frío extremo en invierno, nada lograba disminuir la íntima alegría que experimentaba, al pensar que estaba en compañía de Jesús sacramentado. Su presencia protectora me dio fuerzas para resistir las más groseras humillaciones, que me hicieron como al ser más abyecto de la tierra, y a las angustias padecidas, cuando con satánicas mentiras me hicieron creer que había sido expulsado de mi queridísima Compañía de Jesús*²⁴.

*A pesar de los siete años de aislamiento absoluto en una celda, en la tremenda situación de sepultado vivo, sin poder hablar nunca con nadie, sin ver a nadie más que a los carceleros..., Jesús transformó este período en el más hermoso de mi vida, hasta el punto de no sólo poder llamar a aquella celdita mi paraíso terrestre, sino de gozar realmente las delicias de una antesala del paraíso celestial*²⁵.

*Dios me hizo casi sensible la compañía de mi querido Jesús. Me puse a tratar con Él con una ingenuidad y una intensidad realmente infantiles. Le hablaba en voz alta como a un compañero de celda. Le manifestaba las aprensiones de mi espíritu sobre el porvenir y compartía con Él mis alegrías cotidianas. El pensar en la larguísima y desoladora soledad que me esperaba sin correspondencia escrita, sin noticias, lejos de oprimirme el espíritu, transformó mi celda en una anhelada aventura de paraíso al punto de que ahora no sólo siento un grato recuerdo, sino una profunda nostalgia*²⁶.

²² Alagiani Pietro, *Lubianka*, Ed. Apostolado de la prensa, Madrid, 1963, p.111.

²³ Ib. p. 323.

²⁴ Ib. p. 112.

²⁵ Ib. p. 135.

²⁶ Ib. p. 136.

Desde los primeros días de cautiverio, la nostalgia por la santa misa me atormentaba más de lo que podía imaginar. Pero también en esto vino a mi encuentro Jesús, inspirándome una devoción “sui generis”. Recortando lo mejor que pude una gran hostia de papel, cada mañana, después de la meditación, celebraba dos misas, decía todas las oraciones de la misa con todas las ceremonias como si realmente estuviera en el altar. Debo reconocer que aquellas misas “secas” las celebraba con devoción y consuelo como raramente, cuando tenía la suerte de celebrar las verdaderas misas²⁷. A partir del 5 de marzo de 1953 pude celebrar diariamente la misa. Desde aquel día, hasta el gran deseo de libertad se me volvió menos acuciante y menos atormentador; porque, en el fondo, había deseado e invocado la libertad y suspirado por ella, principalmente, por estar privado de celebrar la misa²⁸.

Para el padre Alagiani, la presencia permanente de Jesús a su lado en aquellos nueve difíciles años de torturas, fue la que le dio sentido a su vida. Jesús le ayudaba a soportar todas sus dificultades. Y durante los cinco años que pasó en celdas comunes, aprovechaba las mínimas oportunidades para hablar a aquellos compañeros de infortunio, que estaban hambrientos de Dios, aunque fueran ignorantes. Confesaba a los que podía, recibía en la Iglesia a los que se convertían y, en todo momento, demostraba ser un sacerdote de cuerpo entero. Cuando el último año de prisión, empezó a recibir dinero y paquetes de Italia, se sentía feliz de poder compartir algo de aquellos tesoros con sus hambrientos compañeros. Pero nunca pudo imaginar que le fuera a costar tanto el dejar a su amigo Jesús sacramentado al regreso a la libertad, el 12 de febrero de 1954, en la residencia de los jesuitas de Viena.

GIOVANNI BREVI (1908-1998)

El padre Brevi, sacerdote y religioso dehoniano, después de ser ordenado sacerdote, trabajó entre los leprosos del Camerún. Más tarde ingresó al ejército como capellán militar y, durante la segunda guerra mundial, estuvo en una división de militares alpinos italianos en Albania y en Rusia. En enero de 1943 fue hecho prisionero y los rusos lo llevaron a 36 campos de concentración diferentes, desde Kiev hasta la Siberia. Y esto tuvo que soportarlo durante 12 años hasta 1954 en que fue liberado. En su libro *Ricordi di prigionia* narra los acontecimientos sufridos en Rusia desde 1942 hasta 1954 en que fue liberado. En los campos de concentración padeció castigos inhumanos, injusticias de toda clase y paso mucha hambre y mucho frío, sobre todo en invierno. Sin embargo, a

²⁷ Ib. p. 137.

²⁸ Ib. p. 157.

pesar de todo, cuando alguna vez podía celebrar a escondidas la santa misa, era para él recibir mucha fuerza espiritual para seguir soportando los sufrimientos, además de poder confortar y animar a los soldados de diferentes países a seguir aguantando, pensando en un posible regreso a la patria.

Estas páginas están llenas de realismo, porque escribe lo que ha vivido en primera persona y el celo que siempre tuvo de poder ayudar material y espiritualmente a los soldados prisioneros, como sacerdote y como enfermero, soportando a los renegados, que siempre había como espías de sus propios compañeros, y que delataban cualquier actividad prohibida como la misa o las oraciones.

Ojalá que su experiencia nos ayude a pensar que un mundo sin Dios, como lo ha demostrado el comunismo y el nazismo en diferentes países, es un mundo inhumano e injusto, donde no cabe la piedad ni la compasión con los más débiles y enfermos. Para las autoridades rusas los prisioneros solo valían en la medida en que podían aprovechar sus energías para realizar trabajos forzados. Los enfermos e inválidos no eran valiosos y por tanto se les dejaba morir o se los eliminaba de cualquier manera para no tener que gastar en ellos medicinas, cuidados o alimentos, necesarios para mantener a los trabajadores útiles. Para ellos Dios no existía y tampoco servía la religión. Por consiguiente, ser humanos o compasivos con los prisioneros era algo fuera de su programa. Los prisioneros eran solo objetos de valor mientras pudieran ofrecer sus servicios al Estado soviético. Por eso, la religión estaba prohibida y, si los prisioneros querían rezar, debían hacerlo en privado. Y cuando el padre Brevi u otro sacerdote se atrevía a organizar alguna oración común o misa, era severamente castigado. Solamente cuando murió Stalin, cambiaron las normas y pudieron tener un poco más de libertad para celebrar misa en algunas fiestas, y consiguieron la liberación definitiva y volver a la patria con sus seres queridos.

Su vida valió la pena ser vivida. Millares y millares de prisioneros de 13 nacionalidades lo recordaban con afecto. El gobierno italiano el 5 de agosto de 1951 le concedió medalla de oro al valor militar.

a) **EL ARMAMENTO**

Los rusos tenían armamento diez veces más superiores al que tenían en esos momentos las tropas alemanas y concretamente las italianas, con las que iba de capellán el padre Brevi. Los norteamericanos les habían proporcionado a los rusos 189.000 teléfonos de campaña, 150.000 ametralladoras, 45.000 toneladas de alambre de púas, cuatro millones de pares de botas, dos mil tanques, cuatro mil aviones y muchas cosas más. Además, los rusos conocían mejor el terreno,

tenían trineos y equipos de soldados con esquíes, mejores ropas de abrigo para el invierno y usaban lubricantes para que funcionaran los aviones y otros vehículos a motor, que no funcionaban con el intenso frío de hasta 30 grados bajo cero. Los alemanes no tenían aceite resistente al frío, ni lubricantes de glicerina y esto hacía que fueran más vulnerables durante los combates invernales, porque el frío extremo hacía inservibles los motores de los carros de combate, aviones y la artillería motorizada. Todo eso iba en menoscabo de la capacidad combativa del ejército alemán en Rusia y hacía más fuertes a los rusos, además de su abundante y mejor material importado de Estados Unidos. Esto sin contar que en el ejército italiano, al que pertenecía el padre Brevi, se dieron numerosos casos de congelamiento en invierno.

b) LOS CAPELLANES

En la Navidad de 1942 los rusos hicieron una fuerte ofensiva. Los capellanes católicos no podían atender a tantos heridos que pedían auxilio espiritual y sanitario. El 13 de enero de 1943 hubo orden de retirada. Había mucha nieve y hacía mucho frío, 20 grados bajo cero en el día y mucho más en la noche. Ellos sepultaron bajo la nieve fresca a los muertos, no podían enterrarlos. Los tres capellanes católicos que había en la división, querían quedarse en una casa con los heridos, pero el general no se lo permitió, pensando que los rusos quizás respetaran a un médico, pero no a los capellanes. Antes de despedirnos de los heridos, que dejábamos a merced de los rusos, el médico Fabbrini me dijo: *Confíeseme, padre. Después me dejó su reloj para que en caso de no volver, se lo diese a su hermana en Firenze. Lo abracé y seguí a los compañeros, pues había algunos oficiales que estaban mirando para que no nos quedásemos con los heridos. Los tres capellanes fuimos obligados a seguir la retirada*²⁹.

Nos dice el padre Brevi: En la retirada de las baterías dispararon mientras pudieron, pero faltaban municiones y bencina y los rusos nos estaban diezmado y nos perseguían. Los capellanes seguían sin descansar absolviendo y ayudando a los heridos. *En cierto momento, nos dice, llevé a hombros hasta una cabaña a tres heridos, donde el teniente médico trataba de ayudarlos. De pronto, el teniente Costabile me tocó por detrás. Un día me había dicho: “Si quedo herido, no me des los sacramentos”. Ahora que estaba gravemente herido me dijo: “Padre, dame los sacramentos”. Le dije: “¿No me habías dicho que no te los diera? Padre, démelos. No quiero que mi madre pueda pensar que yo he renegado de la fe que me transmitió de niño”. Le di la absolución y quedé tranquilo, esperando la muerte.*

²⁹ Brevi Giovanni, *Ricordi di prigionia*, Ed. EDB, Bologna, 2013, pp. 18-19.

En las cabañas donde estaban los heridos, había 200 muertos, 400 heridos y unos 600 seguían disparando contra los blindados. Diecisiete oficiales estaban agonizando. La situación era terrible, no había propiamente una lucha, sino una carnicería y vino la orden de rendición. Algunos decían: “Mejor muertos que prisioneros de los rusos”.

c) **MARCHA DE LA MUERTE**

Tuvimos que acatar la orden y nos rendimos ³⁰. Muchos prisioneros fueron eliminados. Normalmente las tropas regulares rusas y los partisanos no hacían prisioneros, a no ser que fueran divisiones enteras o grupos numerosos.

Los rusos comenzaron a quitarnos lo que teníamos: cadenas, plumas estilográficas, anillos, relojes. Casi todos ellos vestían ropa de marcas norteamericanas. Después tuvimos que hacer una marcha de 20 kilómetros con la nieve hasta las rodillas, el estómago vacío y el intenso frío, que llegaba hasta los huesos. Había 20 grados bajo cero. Habíamos dejado a nuestras espaldas muchos heridos, que no se podían transportar.

Llegamos a Rossosch y, después de un descanso, tuvimos que caminar otras dos horas. Teníamos hambre y algunos pedían una limosna. A escondidas algunas mujeres rusas repartían un poco de agua y de pan. Nos llevaron a una escuela, donde había un poco de paja. Allí estábamos a diez grados bajo cero y nos parecía una temperatura templada con relación al exterior. Aquel día 22 de enero de 1943 solamente comieron aquellos que tenían algo de valor para intercambiar un pedazo de pan.

A media noche nos levantaron a patadas. No habíamos comido nada desde nuestra rendición. Avanzamos durante tres horas por la nieve, dejando atrás a los que no podían seguirnos. Cuando descansamos, la tercera parte había quedado en el camino y recibido su bala de liquidación. La marcha desesperada duró en total una semana con algunos descansos. Por las noches nos amontonábamos unos con otros para encontrar un poco de calor. A la mañana siguiente, siempre había alguno que no se levantaba. En los días siguientes la nieve y el hambre diezmaron nuestra marcha. El 27 de enero llevábamos 6 días sin recibir alimento de los guardias. Nos hicieron pernoctar en cabañas. En mi cabaña noté que había un icono con la luz encendida. Había cuatro ancianos, padre y madre, una hija de unos 30 años y su hija. La joven era miembro del partido comunista y era la cantinera. Cada cierto tiempo entraban soldados rusos, se sentaban a la mesa, comían y bebían vodka. Después de cada comida ella echaba pedazos de pan en

³⁰ Ib. p. 21.

un armario. La joven estaba en un rincón con dos soldados rusos y se divertían. En cierto momento, vi que la chica tenía entre las manos objetos de oro, relojes y cadenas. Los soldados rusos le habían regalado parte del botín tomado a los prisioneros por su compañía. Por mi parte me decidí a ir al armario despacito para evitar ser detectado. Alargué la mano y tomé varios trozos de pan, que comí con los compañeros. Al día siguiente nos dieron de comer por primera vez. Y seguimos la marcha por otros cuatro días hasta Kalasch. Hacíamos unos 8 kilómetros al día. En Kalasch estaba la estación de tren. Habíamos quedado 1.400 del total al comenzar. La ley implacable era que el que se quedaba en el camino por cansancio o enfermedad era aniquilado.

De Kalasch a Tambow fue horrible e inhumano el viaje. Era un tren de ganado, muy sucio. En cada vagón, donde colocaban 15 caballos, entraron 60 italianos; en los vagones para 20 caballos, entraron 120 italianos. Estábamos tan apretados que debíamos estar acostados de costado. Para las necesidades biológicas había un agujero en un rincón, aunque pocos se sirvieron de él. Estuvimos en el tren, pasando frío, seis días. En los seis días solo nos dieron comida dos veces. Un puñado de garbanzos, pescado salado, pan seco y un poco de agua. Algunos murieron de sed, otros porque el corazón debilitado por el cansancio se paró en seco. Después vino la disentería. Los muertos eran recogidos cada tarde como si fueran ratas y no seres humanos. Cuando llegamos a Tambow, los muertos fueron recogidos en cuatro carros llenos, Si el viaje hubiera durado otros tres días, del tren de la muerte no hubiera quedado uno solo vivo. Descendimos del tren casi la mitad de los que comenzamos. En mi vagón habían muerto 20, en otros eran más. Un alpino del Morbegno informó que al rendirse eran dos mil y. al llegar a Tambow, eran solo 500.

Después de registrarnos los metieron en un bunker. En el mío éramos 19 y entre ellos estaba el sacerdote capellán Casanova. En todos los bunkers había en total unos dos mil entre húngaros, alemanes e italianos. Todos estábamos esqueléticos con muchos piojos; y llegó la epidemia de tifus y de disentería. Nos distribuían dos hogazas de pan al día para 20 personas. Para beber agua, había que salir fuera del bunker. Si el termómetro marcaba 30 bajo cero morían unos 100 al día. Si era menos, la media era de 60 muertos al día. Jóvenes de 25-30 años parecían viejos de 80 debido a que estaban como esqueletos. Los servicios higiénicos estaban a 50 o más metros y había que ir sobre el hielo o la nieve. Algunos robaban a los compañeros hasta la ropa y la vendían a cambio de comida ³¹.

³¹ Ib. pp. 32-35.

La muerte se veía por todas parte, incluso en un pozo, que debieron arreglar para tomar agua potable, encontraron cadáveres en el fondo. Los rusos el 10 de marzo de 1943 ordenaron hervir el agua.

Decenas de compañeros agonizaban en los bunkers por el tifus y la disentería. En los viajes en tren, nos dice el padre Brevi: *Me era muy difícil moverme para dar la absolución y una palabra de esperanza a los agonizantes. En el viaje en tren a Oranki a pesar de tener en medio una estufa encendida durante los tres días de viaje murieron 90. Los sobrevivientes de ese viaje fueron 80 entre húngaros e italianos. La mayoría pesaba unos 40 kilos. La noche que llegamos a Oranki se incendió la barraca de desinfección y se quemó casi toda nuestra ropa. Felizmente el fuego no había tocado mi bolsa en la que tenía los objetos que dejaban los muertos para sus familiares y el cuaderno donde tenía los nombres de los caídos en batalla.*

d) TRABAJOS FORZADOS

En el mes de mayo, cuidando de no ser vistos ni oídos por los guardianes, rezábamos el rosario a María y a continuación yo les contaba algún rasgo de la vida de la Virgen o de la historia de algún santuario mariano. Un día me enfermé y, cuando me recuperé, salí del pequeño hospital teniendo solo una camisa y los calzoncillos. Como debíamos hacer trabajos forzados los 19 italianos, el jefe del servicio sanitario, Popescu, me dio por compasión la ropa que había quitado a uno de los muertos. Me dio una camisa, un par de pantalones y un capote. Como trabajo, al principio debíamos hacer un metro cúbico y medio de leña por cabeza en el bosque. El que hacía 3 metros cúbicos tenía derecho a un suplemento de comida. Todo el día debíamos derribar árboles y cortarlos. Era un trabajo agotador, pero un día observé que los rumanos trabajaban poco y entregaban mucho. Me di cuenta de que juntaban lo del día anterior a lo que hacían cada día. Nosotros los imitamos y para que parecieran haberse cortado los árboles el mismo día, los regábamos para que parecieran frescos, recién cortados, hasta que un día decidieron que había que marcar con un timbre el leño fresco para evitar confusiones. Entonces cortábamos el tronco por la parte del timbre del día anterior y así parecía cortado ese mismo día.

Después nos mandaron recoger patatas y era tanta el hambre que las comíamos crudas. No podíamos llevarlas al regreso en el bolsillo, había que comerlas en el trabajo. Después nos mandaron trasladar piedras, destinadas al horno de cal del campo de prisioneros. Un día observamos que junto a nuestro campo había otro que era de mujeres. Nos dio tanta compasión verlas tristes que por muchos días, aunque estábamos hambrientos, les echamos algunos trozos de pan y alguna patata. Ellas nunca hablaron, solo inclinaban la cabeza y se

santiguaban con reconocimiento. A fines de noviembre de 1943 nos enviaron al campo de Susdal. Llegamos a Vladimir y debimos caminar 40 kilómetros. Al llegar al campo de Susdal se había quedado por el camino una tercera parte de los efectivos. En Susdal encontré a tres capellanes italianos: Bonadeo, Valori y Dauria.

e) LAS MISAS

El día de la Inmaculada pudimos celebrar misa y solo unos pocos filocomunistas no se acercaron a comulgar, quizás temiendo comprometerse a los ojos de los soviéticos. El día de Navidad celebré la misa en el corredor del piso superior que hospedaba a los oficiales italianos. Pero tuve que aguantar fastidiosos interrogatorios de las autoridades del campo y las acusaciones de algunos renegados italianos que, por alimentos, denunciaban las actividades prohibidas de sus compañeros. En algunas ocasiones fui castigado por no querer aceptar las demandas de ser liberado a cambio de que en Italia fuese informante de las autoridades rusas o por realizar algunas actividades prohibidas como celebrar misa o promover oraciones en común. Me llevaban a un celda de castigo sin alimentos, por tres o más días, en un ambiente con ratas, suciedad y humedad, con agua en el suelo.

En Navidad de 1944 el padre Tuna, el padre Bonadeo y el padre Fiora con algunos oficiales prepararon un belén y organizaron una misa cantada. El coro cantó tan bien, sobre todo el famoso villancico italiano *Tu scendi dalle stelle* que las autoridades del campo quedaron admirados. Habían asistido a la misa algunos católicos húngaros, alemanes y españoles.

El padre Brevi fue cambiado de campo y todos los católicos se presentaron en la puerta de salida para saludarlo a él y a los que lo acompañaban al campo 171, donde llegaron el 7 de enero de 1945. Dice: *Al llegar fuimos registrados. Me quitaron un puñado de uvas pasas que tenía, pero pude pasar un portacigarros de plata que era la cajita donde guardaba hostias consagradas. Cuando estaban registrando al coronel Russo me incliné y deposité el portacigarros en una de sus botas, que se había quitado para el registro. Así Jesús Eucaristía pasó en el campo 171 sin dificultad. Con frecuencia tuve que ocultar ese portacigarros bajo la arena, en medio de un montón de leña o en otros lugares impensados* ³². Jesús fue siempre mi amigo inseparable en la Eucaristía.

³² Ib. p. 63.

En la barraca a la que nos destinaron había 70 oficiales. En el centro había 3 estufas. En el exterior el frío era de unos 30 grados bajo cero. La leña había que ir a recogerla al bosque y para ello nos servimos de un destartalado trineo y, como caballo de punta, iba el capitán Franco Magnani y le seguían otros cinco oficiales y yo. Los guardias eran especialmente crueles. Me prohibieron celebrar misa después de haberlo pedido expresamente a nombre de los oficiales italianos. A pesar de la prohibición, de las amenazas de castigos, la celebré igualmente, siempre a escondidas. Dos de nosotros hacían de guardia para evitar que nos vieran. Los demás seguían la celebración de rodillas. Normalmente celebraba la misa de noche y a oscuras, pero pronto lo supieron los rusos y registraron todo. El portacigarros con las hostias consagradas pudo salvarse de nuevo. Pero nos castigaron a ir a la cárcel del campo, que era una especie de gruta semienterrada, de la que se salía regularmente con los huesos rotos y con fiebre.

La hermandad unió esa noche de Navidad a católicos y protestantes junto al Niño Jesús. Se cerró la barraca y, a la luz de una lámpara celebré la misa de medianoche mientras aquellos hombres del coro cantaban con alegría y les administré la comunión. Las lágrimas llenaron sus ojos. Su pensamiento volaba a sus casas y a su familia e hijos. Una inmensa alegría llenó nuestros corazones. Por encima de la nacionalidad y de toda ideología, la fe en Cristo nos había hecho hermanos.

En los primeros meses de 1946 llegaron al campo unos mil oficiales húngaros prisioneros y contaban las atrocidades cometidas por el ejército soviético contra la población civil en Hungría: casas saqueadas, quemadas, arrasadas, mujeres y niñas violadas y absoluto desprecio de la vida humana. Entre estos húngaros encontré un día a un sacerdote católico, que tenía una caja con cosas de la misa. Al verla entre mis manos, temblaba de emoción. Obtuve un copón, el misa y la piedra sacra para el altar. Creía que todo había sido en privado, pero se sabía. Tres días después un oficial soviético me llamó y sobre una mesa estaba la caja abierta del sacerdote húngaro. Me dijo: *Devuelve lo que falta*. Le devolví el copón y me quedé sin devolver el misal y la piedra sacra.

En la Navidad de 1946 había mucha nieve, hielo y silencio por todas partes. Prohibieron rigurosamente hacer el belén pero nosotros no renunciamos a la misa de medianoche, que celebré en presencia de cinco católicos y del profesor protestante Noak. Después fui enviado al pequeño hospital para ayudar al doctor italiano Reginato. Los 700 puestos eran permanentemente ocupados. Allí hice mis servicios como ayudante del médico y también cumplí con mi ministerio como sacerdote hasta abril de 1947. Mi trabajo era de recibir a los enfermos, lavarlos y acomodarlos en su lugar. Más que a hombres, ayudaba a esqueletos vivientes, rojos de fiebre y sin voluntad de seguir viviendo. Mi mejor recompensa era la sonrisa de gratitud de los agonizantes. Cuando les daba la

última bendición, los besaba y los encomendaba a Dios y ellos con sus ojos me daban a entender su reconocimiento por haber encontrado a la hora de la muerte esa fraternidad de la que habían perdido hasta el recuerdo ³³.

El 15 de agosto de 1947 decidí celebrar misa a pesar de los peligros y estuvieron presentes unas 80. Los soldados italianos me rodeaban de rodillas con lágrimas en los ojos de emoción. Les di la comunión y hasta comulgó un guardia alemán a través de la alambrada. Comenzamos una huelga de hambre por algunos abusos recibidos y nos trasladaron a otras prisiones. Antes de partir, algunos compañeros venían a saludarme y se arrodillaban delante de mí para recibir los sacramentos y la bendición, pues partía a la cárcel de otro campo.

El día de Pascua celebré la misa al salir el sol. Uno tras otro de los prisioneros salieron de sus barracas, venciendo el temor a las represalias. Llegaron dos mil. Fue para mí una inmensa alegría. Usando pequeñitos pedacitos de hostias consagradas di la comunión a mil setecientos. Los guardias no sabían qué hacer. Se leyó el evangelio en alemán y en húngaro. Tres días después fuimos yo y tres de mis más cercanos colaboradores ante un tribunal militar. El 30 de abril de 1949 fuimos llevados a la cárcel de Kiev después de la condena a 25 años de trabajos forzados y de reeducación como criminales de guerra. En Kiev, en un salón para cuarenta, estábamos cien en condiciones bestiales. En enero de 1950 un grupo de polacos me pidió que les diera la comunión y se arrodillaron para besarme la mano y a todos les di la absolución de sus pecados. Otro día nos llevaron a las duchas y allí pude dar la comunión a algunos católicos. Después de un tiempo me trasladaron a la cárcel de Mosca-Karakanda.

En otro traslado fui al campo número 5, donde había 600 prisioneros, casi todos alemanes. Para poder celebrar la misa, se pusieron en acción y unos fabricaron un alba, otros una estola, atril, casulla, un cáliz, un crucifijo y así algunos otros objetos para la misa. Faltaba el vino, pero pudimos conseguir algo que compró un oficial alemán a los rusos. Y celebré la misa el 15 de agosto. La recordaré siempre.

f) **LA LIBERACIÓN**

En Navidad de 1952, el capitán Jovino organizó un magnífico belén. Tuvo un éxito enorme, ya que fue la meta continua de peregrinación de todos los prisioneros del campo, hasta los guardias vinieron a admirarlo.

En junio de 1953 nos dieron la noticia de la vuelta a la patria. Después de la muerte de Stalin el 5 de marzo de 1953, las cosas habían cambiado mucho.

³³ Ib. p. 88.

Había cierta libertad y comenzaron a expatriar a prisioneros de algunos países y nosotros fuimos liberados en enero de 1954. Nos íbamos, dejando en suelo ruso unos 62.000 compañeros, entre soldados, oficiales y suboficiales, muertos en los campos de batalla. Para el padre Giovanni Brevi y para muchos de sus compañeros fueron 12 años de sufrimiento en los campos de trabajo forzado o en cárceles rusas. Dios quiso que él como sacerdote pudiera aliviar en algo los padecimientos de sus compañeros de armas y ayudar a los moribundos, enterrar a los muertos y administrar los sacramentos para gloria de Dios y bien de las almas.

ALEMANIA

BERNHARD HÄRING

Era sacerdote y se desempeñó como sacerdote y sanitario en el frente ³⁴. Nos dice: Siempre llevaba conmigo hostias consagradas y, cuando alguien caía mortalmente herido le daba la comunión y la unción de los enfermos. Su agradecimiento era grande.

En octubre de 1941 nuestro regimiento de infantería fue lanzado a uno de los puntos neurálgicos de la dura batalla de Jarkov. Nos asignaron la misión de atacar durante la noche un lugar ocupado por fuerzas rusas muy superiores. Fuimos rechazados con grandísimas pérdidas y nos atrincheramos no lejos del lugar. Uno que había excavado su hoyo junto a mí era un excelente joven católico, a cuya familia conocía yo desde los días de estancia en el Seminario. Había regresado al frente justo el día anterior después de un permiso por heridas graves. Aquella noche fue uno de los que necesitaron mis auxilios. Murió en mis brazos después de administrarle los consuelos de la Iglesia. A la mañana siguiente las tropas acorazadas rusas pasaron al contraataque. Frente a la superioridad enemiga, mis hombres huyeron a la desbandada. Yo estaba convencido de que aquella huida era suicida y fui uno de los últimos que se mantuvieron en los hoyos antitanques. Pero cuando vi que estaba casi solo, empecé a retroceder y solo me salvó el hecho de que era yo un buen corredor. Era un arte estar tan cerca de los tanques, que no te podían disparar, y tan lejos que no pudieran pasarte por encima. Finalmente alcanzamos las casas de la próxima aldea, buscando protección. Todavía no me había recuperado del cansancio y del terror cuando oí gritos de auxilio de algunos soldados gravemente heridos.

³⁴ Puede leerse su Autobiografía titulada, *Memorias de guerra de un sacerdote*, Ed. Herder, Barcelona, 1978.

Corrí en su ayuda. Cuando aparté la ropa del primero, vi que había recibido un tiro en el vientre y al examinar la herida se le salieron los intestinos. Volví a taponarlo y le dije que no podía curarlo, pero le ofrecía mis servicios como sacerdote católico. Él me respondió: *Soy protestante, pero, si me dices una palabra de fe, te lo agradeceré.* Le dije sencillamente: *Dios te llama al hogar como Padre.* Él respondió: *Si Dios llama, estoy preparado.* Y tuve que acudir a otros que pedían a gritos auxilio.

Aquella tarde recibimos refuerzos y tuvimos que lanzar un contraataque. Una acción insensata. Bajo el fuego de los tanques y de la infantería rusa perdimos entre muertos y heridos casi la mitad de los efectivos. Mis cuatro ayudantes camilleros murieron. Me hallaba solo en la compañía y tuve que acudir sin descanso de un extremo al otro. El combate se desarrollaba en un campo abierto y llano. Éramos un blanco fácil para los tiradores rusos. Cuando pude refugiarme en un hoyo de protección, me dije a mí mismo que estaba agotado. Estaba convencido que no podía más. Y entonces oí gritos desesperados de un soldado de un batallón vecino: *Enfermero, enfermero.* Decidí correr hacia él. Encontré un hombre de avanzada edad del Tirol meridional con graves heridas en el vientre. Lo retiré a un lugar cubierto y vendé sus heridas. No tenía posibilidades de sobrevivir y le pregunté si deseaba mis servicios como sacerdote católico. Al oír que tenía la comunión, dijo asombrado: *Qué bueno es Dios conmigo.* Su admiración y agradecimiento eran tan grandes que había desaparecido en él el temor de la muerte. Sus ojos agradecidos fueron para mí una recompensa grande por tantas fatigas y peligros. Estaba aún a su lado, cuando exhaló su último aliento, y, como hacía siempre, anoté la dirección de sus familiares y les envié el último saludo.

Años más tarde al dar una conferencia en el Tirol, encontré a un sacerdote que era primo de aquel hombre. Me contó que su difunto primo se había separado de la Iglesia con ocasión de un agrio conflicto con el párroco de su parroquia que lo había tratado injustamente. Su madre había llorado muchísimo y había rezado mucho por él. Sufrió por haberse separado de la Iglesia y porque no había tenido valor para volverse atrás. Sin embargo, siempre estaba dispuesto a echar una mano a los ancianos. Dios había escuchado las oraciones de su madre.

Un día encontré en el campo de batalla a un soldado ruso gravemente herido. Estaba solo, abandonado y desamparado en una zona que el ejército ruso se había visto obligado a evacuar. Lo cuidé lo mejor que pude. De pronto aquel hombre echó mano a su cartera y, como agradecimiento, me ofreció el dinero que llevaba encima. Se sintió afectado cuando rechacé su gesto. Lo había hecho con total sinceridad, pero pronto nos entendimos como hermanos. Comprendió que para mí la mayor recompensa era poder ayudarlo.

En octubre nuestro regimiento fue el primero en entrar en la conquistada Jarkov. Estuvimos allí hasta poco antes de la Navidad de 1941. Había relativa tranquilidad pero el estado de salud de la tropa no era óptimo y tuve como enfermero mucho trabajo. Tenía que preocuparme que la tropa tomara cada día una cucharada de aceite de hígado de bacalao. Pero no parecían dispuestos a hacerlo y tuve que aconsejar a los del servicio de cocina que aliñaran con aquel aceite la ensalada de patatas. Nadie sospechó el condimento que llevaba. Para alimentarlos mejor, decidimos sacrificar un caballo, pero tuvimos que hacerlo en el más alto secreto para que los soldados no sospecharan la clase de carne que les servíamos. Todos quedaron contentos. Cuando por la tarde se descubrió el secreto, llegaron los músicos del regimiento. Todos y solo los músicos se quejaban de dolores de estómago por haberse enterado de haber comido carne de caballo. Esto dio motivo a numerosas bromas.

Poco antes de las Navidades, los rusos montaron un contraataque. A prisa nos hicieron subir a vagones de un tren de mercancías para trasladarnos a un punto del frente por el que había penetrado el ejército ruso. No teníamos ni idea de la gravedad de la situación y hacía mucho frío. En el vagón me encontré con un soldado católico que tenía dos hermanos sacerdotes. Mostró mucho sentimiento, porque por una enfermedad no había podido asistir a misa. Me preguntó cómo podía saber si el domingo siguiente habría misa. Al llegar al destino, me pidió confesarlo. Me dijo: *Tengo el presentimiento de que me ha llegado la última hora*. Escuché su confesión y recuerdo la profunda impresión que me produjo la honestidad y pureza de su corazón. Algunos días después supe que había muerto al intentar socorrer a un amigo herido.

Desde la primera semana de la campaña de Rusia hasta caer herido en mayo de 1942, serví en la misma unidad de infantería y al curarme, tenía la esperanza de ser enviado a la misma unidad, pero fui enviado a una sección de exploración recién constituida. Había en ella muchos buenos cristianos. Solo un número muy pequeño era partidario del régimen. También fui bien recibido por todos como sargento de sanidad y sacerdote.

Hubo una epidemia de tifus entre la población. Visité todas las aldeas y caseríos, pregunté por los enfermos, di medicinas y puse inyecciones y daba instrucciones para combatir la enfermedad. Pedí que se instalaran letrinas y que hubiera una clara separación entre los pozos destinados a las familias enfermas y las sanas. Aquellas gentes eran muy agradecidas. Me regalaban fresas de la huerta y otros frutos en señal de gratitud. Si tenían gallinas, me regalaban muchos huevos. Como por razones de salud no podía yo comer huevos, se los daba a mis amigos soldados. En cierto lugar, algunos viejos dijeron: Este sacerdote nos quiere, pero parece que no es ortodoxo, y dudaban de mi fe, pues creían que todas las enfermedades eran enviadas por Dios. Yo les decía que la

causa era la contaminación del agua y la mala calidad higiénica de las letrinas. Pero algunas enfermedades procedían también de dosis excesivas de aguardiente de fabricación casera.

A principios de febrero de 1943, después de la batalla de Stalingrado, tuve que hacer, con 350 hombres y 18 heridos graves, una marcha casi desesperada durante 6 días y 6 noches a través de campos nevados. Todos nosotros debemos la vida a la fe del pueblo sencillo. Tras el primer día de marcha y de una larga noche fría a primera hora del día siguiente nos hallamos en una aldea rusa. Allí una familia rusa había salvado a un soldado alemán gravemente herido y lo cuidaban en su propia casa. Dos días antes, las unidades blindadas rusas habían hecho prisioneros a unos 150 hombres y los habían matado a todos. Cuando la unidad blindada desapareció, esa familia encontró un soldado aún con vida. Lo vendaron y alimentaron. La gente se alegró de mi llegada y me pidieron que me llevara al herido. Y me dijeron: *Su madre y su mujer rezan seguramente mucho para poder volver a verlo*. Yo disponía de 4 trineos arrastrados por cansados caballos y no veía la posibilidad de cargar uno más, y así se lo expliqué a la gente. Ellos se reunieron y dijeron: *Te daremos otro trineo y dos caballos para que lleves a ese hombre y a otro herido más*. Mientras hablaban, surgió otra unidad de tanques rusos. Con mucha celeridad aquella gente preparó el trineo y enganchó los caballos. Nos indicaron un camino por la falda de la colina para evitar ser vistos por los tanquistas. Esto lo hicieron, a pesar de un peligro grave que podía venirles, si los soldados rusos se enteraban de esa acción con los enemigos alemanes.

Otra noche mis amigos y yo fuimos acogidos por un matrimonio anciano. Pusieron sobre la mesa un enorme pan y humeantes patatas, sal y cebollas. Era todo lo que tenían. Lo mejor fue su preocupación por los heridos. Yo les pregunté por qué lo hacían. El buen hombre me dijo que había sido minero en la cuenca del Donez, cuando vino la época del gran hambre. En su viaje de regreso a casa de muchos días de duración, encontró todos los días en el camino gentes que compartían con él su último bocado de pan. Agradecido, hizo el voto de tratar bien siempre a sus prójimos como le habían tratado a él y ahora cumplía con nosotros el gran mandamiento del amor.

La sexta noche de la marcha, un fuego artillero cercano reanimó nuestra esperanza de que el ejército alemán no debía estar lejos. Pedí a mis amigos soldados que me dejaran atrás con los heridos e intentaran llegar por la noche al otro lado de las líneas. Decidieron seguir mi consejo. Al hallarme yo solo con los heridos, hallamos cobijo en dos casas. Los dueños se ocuparon de nuestros caballos extenuados. Corrieron a las casas vecinas para traer leche fresca y darnos todo lo que necesitáramos. A la mañana siguiente nos prepararon el desayuno y nos despertaron. Nos dijeron que debíamos seguir adelante, porque

era muy probable que durante el día aparecieron soldados del ejército rojo. Les pregunté por qué nos habían tratado bien, como si fuéramos sus hijos. Respondieron: *Cuatro de nuestros hijos están en el ejército ruso. Todos los días pedimos al Padre del cielo que los devuelva sanos. ¿Cómo podíamos pedirselo hoy, si no hubiéramos pensado en vuestro padre, madre, vuestras familias que están pidiendo al mismo Padre ese don?*

Al fin dije: *Yo soy sacerdote. Al oírlo lloraron de asombro. ¿Por qué no lo dijiste antes? ¿Por qué no nos has dado la bendición, cuando entraste en casa?* Bendije de todo corazón aquella casa y a sus habitantes. Tras aquel suceso, no olvidaré jamás lo que significa rezar el padrenuestro. Solo podemos llamar Padre nuestro a Dios, si honramos a sus hijos, a todos los hombres como hermanos.

Otro día llegué a casa de una bisabuela que durante 20 años había pasado sin sacerdote. Llegué a su casa tras una marcha de 25 kilómetros y allí el mando decidió instalar la enfermería. Llegaba sucio y con sudor. La familia la constituía la bisabuela, la abuela, la madre y un pequeñito. Me dijo la bisabuela: *La sauna está preparada.* Después de lavarme bien me presenté como sacerdote. Ella me dijo: *Ya lo sabemos. Hemos oído que has acogido a los heridos y enfermos de las aldeas.* Y añadió: *¿Podemos pedirte que estés con nosotros esta noche, cuando se reúnen los vecinos para la oración? Querriamos hacerte algunas preguntas sobre el evangelio.* Así lo hice.

Una tarde de domingo de noviembre de 1941 nos habíamos dado cita en Kharkov una serie de amigos, sacerdotes y religiosos. Al regresar a nuestro alojamiento vimos carteles y oímos altavoces que ordenaban a los judíos reunirse a la mañana siguiente en cierta parte de la ciudad, porque se les iba a asignar nuevos alojamientos y debían llevar todos sus bienes. Aconsejé a mis amigos que previnieran al mayor número posible de judíos para que no se fiara y se ocultaran. Ya esa misma noche yo visité a varias familias judías que me agradecieron el consejo. A la noche siguiente se presentó un soldado católico de nuestro regimiento. Estaba fuera de sí. Era uno de los hombres a quienes se le había ordenado matar uno por uno a todos los judíos después de haberles obligado a cavar su tumba. A los pocos días se presentó mi ayudante alterado, porque había visto cómo cargaban cadáveres de judíos en carros como si fueran animales. A los soldados que participaban en las matanzas, se les exigió silencio absoluto.

Otro suceso de 1942. Habíamos conquistado con graves pérdidas una gran localidad rusa. Nuestros soldados tuvieron que luchar cuerpo a cuerpo. Nuestras bajas fueron muy elevadas. No teníamos médico y toda la responsabilidad caía sobre mí. Muchos necesitaban amputaciones, que yo no podía realizar. El

hospital de campaña alemán estaba a 30 kilómetros. También tuve que atender a buen número de heridos rusos y me contacté con hombres y mujeres de la población civil. La gente civil preparó 8 trineos con los correspondientes caballos. Hicimos el viaje en silencio en la helada noche a través de campos nevados. Al llegar al hospital de campaña con nuestros heridos, los médicos estaban asombrados de tamaño empresa. Tomaron cuidado de los heridos, incluidos los rusos. A la noche siguiente emprendimos el camino de regreso en profundo silencio. Pero con gran desilusión vi que el comandante faltó a su palabra y confiscó los trineos y caballos. Solo dijo que los necesitaba. No había modo de consolarme. Era un inaudito caso de quebrantamiento de confianza. Me sentía avergonzado y humillado con mis amigos rusos. A los pocos días, abandonamos el lugar.

Podemos decir que el padre Häring se desempeñó en todo momento como un verdadero sacerdote y sanitario y expuso su vida muchas veces para recoger heridos e incluso para celebrar misa cuando estaba prohibido por las leyes alemanas. Por eso es de alabar que haya sacerdotes como él que den la vida antes que renegar de su fe y antes que traicionar su ministerio sacerdotal. El padre Häring de la Congregación redentorista, había nacido en 1912, se ordenó sacerdote en 1939 y con un año de ordenado fue llamado al ejército. Murió en 1998 de un cáncer a la garganta. Tenía 85 años. Una vida plena que, después de la guerra, empleó dando clases de moral, de la que era especialista. Dios lo preparó en sus últimos días por medio del cáncer y ahora ya se encuentra en el gozo del Señor para disfrutar eternamente de la felicidad que Dios le preparó en el cielo. Podemos preguntarnos: *¿A cuántos salvó la vida material y también de la muerte eterna para que pudieran ir también al cielo?* Imitemos sus buenos ejemplos y también nosotros seamos colaboradores de Dios en la gran tarea de la salvación de los hermanos. Que así sea.

FRANZ STOCK

Fue un sacerdote alemán, que había vivido en París, siendo el párroco de la colonia alemana de la ciudad. Al desatarse la segunda guerra mundial y tomar los alemanes París y gran parte de Francia, él fue nombrado oficialmente capellán de las tres cárceles francesas (Cherche-Midi, Santé y Fresnes) en las que los alemanes encerraban a los prisioneros franceses, especialmente de la Resistencia francesa y todos los opositores.

Desde el principio, se dio cuenta como sacerdote católico de las difíciles condiciones en que estaban los prisioneros y que muchos era condenados a muerte. Él trató de llevar a todos consuelo y acompañar a los condenados hasta el lugar de la ejecución. Algunos presos no se fiaban de él, pensando que como

alemán podía ser un espía, pero poco a poco se ganó la confianza de todos como sacerdote. A algunos les proporcionaba ropa y, a pesar de la prohibición, les llevaba libros piadosos, víveres, jabón y otros objetos útiles. Lo que más agradaba a los detenidos era que se comunicaba con sus familiares para darles noticias de su estado. Cuando eran ejecutados, les llevaba algún objeto personal que le dejaban en el último momento antes de su muerte. Aunque había algunos ateos, comunistas o no católicos, él a todos atendía y ayudaba y consolaba. Todos lo empezaron a admirar porque, para entregar algunas cosas prohibidas y comunicar su suerte a la familia, arriesgaba su vida. Sobre un tal Aylé, prisionero, escribió el padre Stock en su Diario: *Es un verdadero santo, modelo de católico francés, de la Acción católica*. Él intercederá por nosotros como me ha prometido.

Un día visitó a un seminarista encarcelado y se comunicó con su Superior, que le dio el permiso necesario para poder recibir del seminarista la renovación de sus votos. Con frecuencia, intercedía ante las autoridades alemanas por los condenados a muerte para que les concedieran la absolución y la cambiaran por prisión, aunque fuese perpetua. Y lo consiguió muchas veces. Por otra parte conocía a algunos oficiales alemanes antinazis, que le ayudaban en su ministerio para evitar que descubrieran algunas cosas prohibidas que él hacía.

Él ofrecía sus servicios sacerdotales a todos los condenados a muerte. Algunos no querían. Pero la mayoría, al menos en los últimos momentos, reconocían su bondad y lo abrazaban y hasta le pedían su bendición antes de morir, encargándole muchas veces algunos objetos personales para su familia.

Un día habló con la esposa de Roger Bertrand, que lo vio llorar al recordar la muerte de algunos ejecutados. Eran llevados al monte Valerien a 17 kilómetros de París y allí eran fusilados.

Uno de los que estuvieron en prisión recordaba que el padre Stock distribuyó entre los presos decenas de kilos de chocolate. Eso era especialmente peligroso en las celdas señaladas con tres cruces rojas, lo que significaba que estaban sometidos a un régimen más severo, a incomunicación más completa, sin visitas, ni cartas, ni paquetes, ni libros. Y él les llevaba alimentos, pues los sometían a un régimen severo hasta de hambre para tratar de conseguir datos sobre sus compañeros de la Resistencia.

Los SS lo despreciaban, le tomaban bromas groseras, pero él callaba y en su sotana llevaba algunas cartas o algo de sus familiares. En su Diario escribió: *Día 16 de marzo de 1942, Albert P. va a ser fusilado. Es un hombre de cierta edad, detenido por llevar armas. Esta inconsolable, pues cree que su mujer lo ha denunciado. No es practicante. Su matrimonio no es legal y tiene un hijo, que no*

ha visto nunca. A pesar de mis esfuerzos para que recibiera los sacramentos, se negó a hacerlo. No cree ni en Dios ni en el más allá. Me pidió, sin embargo, que le acompañara al lugar de la ejecución. Durante el camino rogué ardientemente a Dios que nos ayudara. A él le supliqué de nuevo que pensara en su alma. Nueva negativa. Lo ataron al poste sin vendarle los ojos. Entonces, me llamó: “¿Tiene usted un crucifijo? ¿Quiere usted que recemos juntos?”. Rezó conmigo el acto de contrición con gran expresión de arrepentimiento. Le di la absolución. Me reclamó la fotografía de su hijo, que me había dado y la besó³⁵.

Cuando llegó la capitulación entre Francia y Alemania, lo hicieron prisionero como alemán. Y desde la prisión, trató de hacer el bien a todos los presos, que en esos momentos eran precisamente casi todos alemanes y algunos colaboracionistas franceses.

En la cárcel escribió a un amigo: Nunca hasta ahora he celebrado una Navidad semejante. Estas Navidades, las primeras de su cautiverio, fueron una cima y un punto de partida. Los prisioneros se dirigían a él cada vez en mayor número. No cesaba de confesar, de dar charlas, de celebrar entrevistas con pequeños grupos o en particular, a la vez, pensaba en sus propios familiares, en sus padres y hermanos. No había recibido ninguna noticia de ellos. Cuando se produjo la liberación de Francia, Stock no comprendía el despliegue de odio contra los prisioneros alemanes, humillados, desamparados y desgraciados. La población francesa parecía a sus ojos falta de dignidad y de grandeza de alma.

Estaba inseguro sobre su futuro, cuando recibió una carta del padre Huet, que le decía: *Vengo a pedirle que acepte en condiciones materiales más difíciles que en las que vive ahora tomar a su cargo la formación espiritual de los seminaristas alemanes prisioneros. Queremos concederles este favor para permitirles encaminarse hacia el sacerdocio y darles, después de tantos años de interrupción, la posibilidad de convertirse sin tardar en un elemento de renovación para el catolicismo de su país. Deseamos que unos sacerdotes alemanes se encarguen de su formación, porque se trata también de un clero para Alemania.* Stock aceptó el reto. El cardenal Suhard de París bendijo la obra que iba a comenzar. El general Boisseau, director general e inspector de los prisioneros de guerra del Eje, lo recibió. También fue recibido por el Nuncio apostólico, Monseñor Roncalli, futuro Papa Juan XXIII³⁶.

Los seminaristas alemanes reunidos en Orleans pasaron rápidamente de 20 a más de 50. Había mucha necesidad de infraestructura y de medios de enseñanza, pero se comenzó. El padre Stock se encargó de las clases de liturgia,

³⁵ Closset Rene, *El cura del infierno*, Ed. Nova terra, Barcelona, 1967, p. 129.

³⁶ Ib. pp. 162-163.

de historia de la Iglesia y de un curso de francés. Otro sacerdote austríaco, también prisionero, dio otras clases. Lo importante era comenzar a andar. Franz tenía fe en la misión que Dios le confiaba y eso, a pesar de la explosión de odio que acompañó al armisticio de mayo de 1945. En Alemania no había ninguna familia que no tuviera desaparecidos, torturados o asesinados. Del Seminario organizado en Orleans pasaron al de Chartres para tener mejores condiciones de vivienda y otras facilidades.

La salud del padre Stock no era buena. En 1945 se había hecho unos exámenes. El médico escribió: *El paciente ha trabajado mucho más de lo que sus fuerzas le permitían, subiendo muy a menudo escaleras, acostándose tarde. Después de cualquier esfuerzo experimenta mareos y se cansa fácilmente. No ha sufrido hasta ahora una verdadera crisis cardíaca. No veo ningún inconveniente en que el paciente permanezca en un campo de prisioneros de guerra y continúe haciendo un trabajo más o menos sedentario, ejerciendo sus funciones sacerdotales.*

El comandante Gourut anotó: *Nunca le oí quejarse de nada, antes bien elevaba la moral de los que parecían abandonados. Lo he visto enfermo y continuar cumpliendo sus funciones. En varias ocasiones tuve que obligarle a descansar en mi casa.*

Los médicos declararon que no había peligro de muerte; decían, que si estaba débil era como consecuencia de la extracción de sangre. El martes por la tarde, fui de nuevo al hospital y le encontré visiblemente peor. Dormía, pero su respiración mostraba que pasaba por una nueva crisis de ahogo. Por la mañana, le habían sacado otros 200 cm³ de sangre. Me quedé una hora con él. Antes de marchar, le estreché la mano. Se despertó unos instantes, me sonrió y me saludó. Abandoné su habitación y pregunté a la enfermera de servicio si no había peligro de muerte:

—No —respondió—. *Se encuentra muy débil, pero no está en peligro.*

A pesar de esta opinión optimista, abandoné el hospital con la intención de advertir al capellán, un vicario de Saint-Jacques. Fui a la capellanía donde trabajo, para buscar la dirección de este sacerdote. Apenas llegado, me telefonean del hospital previniéndome que el estado de Franz acaba de agravarse súbitamente. Marché en seguida en coche a casa del vicario en cuestión y allí tomé los Santos Oleos y el Santo Sacramento. Cuando llegamos al hospital, eran aproximadamente las 16:45. Entonces supimos que Franz había muerto súbitamente, sobre las 16. El vicario y yo recitamos juntos las oraciones fúnebres, al lado de sus restos. Para administrarle la Extremaunción, era, desgraciadamente, demasiado tarde.

Inmediatamente informamos a todas las autoridades, así como a sus conocidos: al cardenal, al Nuncio, a monseñor Baussard, al obispo de Chartres. La sincera compasión manifestada por todos ha hecho brotar las lágrimas de mis ojos en varias ocasiones. No se oyen más que palabras de simpatía y de elogio. No sé todavía ni el lugar ni el día de las exequias, puesto que Franz Stock está considerado todavía como prisionero de guerra y, por ello, bajo el control de las autoridades militares. Murió el 24 de febrero de 1948 con 44 años. Fue toda su vida un verdadero sacerdote de Jesucristo.

PADRE GEREON GOLDMANN

En agosto del año 1939 fue llamado a filas. Había terminado sus cursos de filosofía y con 22 años estaba en un Seminario franciscano. Llegó a los cuarteles de Fulda, donde miles de otros jóvenes reclutas alemanes estaban inscribiéndose en el ejército. Él fue llamado junto a otros seminaristas franciscanos. En total eran 200. Después de la instrucción básica para la guerra, los oficiales y suboficiales los miraban con desprecio, pues la mayoría eran nazis, al menos de corazón. Todos los franciscanos fueron entrenados como oficiales de radio en las SS. Él dice: *Pronto me di cuenta de las barbaridades que algunos SS cometían. Se veían muchas cruces dañadas o destruidas por los caminos. Muchos padres acudían a denunciar los abusos cometidos contra sus hijas. A nuestro grupo nos enviaron a la línea Sigfrido en Francia. Como yo atendía a las comunicaciones, sabía cuándo se iban a efectuar los raids de las SS sobre iglesias y otros lugares semejantes y avisaba previamente*³⁷.

Cuando tenía tiempo libre aprovechaba para conversar con la gente francesa para mejorar su francés y, si podía encontrar un sacerdote, iba a misa y comulgaba.

Hizo un curso para oficiales y él y otro seminarista fueron promocionados como oficiales de las SS. Pero, para hacer efectivo su ascenso, debían firmar un documento en el que se decía: *Por el presente documento declaro que abandono la Iglesia católica y hago firme propósito de no ingresar en la Orden franciscana de la Iglesia.* No quiso firmarlo y fue expulsado de las SS y devuelto a Fulda. Lo enviaron al frente de Rusia. A su paso por Polonia, se enteró de las cosas horribles que los alemanes, policía y SS habían hecho a los judíos y a muchos sacerdotes y gente corriente.

³⁷ Gereon Goldmann, *Un seminarista en las SS*, Ed. Palabra, Madrid, 2021, p. 44.

En las Navidades de 1941 el frente ruso se quebró y comenzó la retirada. En enero de 1942 pudo recibir un curso de enfermería, que había solicitado, y se convirtió en sanitario sin haber disparado ni un solo tiro. A partir de ese día, tampoco mató a nadie, pues se dedicó a acompañar a la tropa como sanitario. Estando en Italia, cerca de Patti, a 40 kilómetros de Messina, los aliados invadieron el sur de Italia y bombardearon sistemáticamente a las fuerzas alemanas. Hubo muchos muertos y heridos. Viendo tantos católicos que morían sin el auxilio de los sacramentos, fue a ver al obispo de Patti para que le concediera el permiso para dar la comunión a los católicos. Tuvo que amenazarlo para que le concediera dicho permiso y así pudo llevar siempre consigo hostias consagradas, que pedía a su paso por diferentes lugares con el documento que el obispo de Patti le había concedido.

El 12 de noviembre de 1942, pudo obtener un permiso y en Roma obtuvo el permiso de la Congregación de religiosos para hacer sus votos perpetuos. Al día siguiente, lo ordenó el obispo de subdiacono y el 12 de diciembre de diácono.

A mediados de agosto de 1942 hubo duros enfrentamientos. Fuimos tiroteados por primera vez por nuestros antiguos aliados italianos. Había muchas bajas. Un joven soldado cayó y, al acercarme a él me dijo: *Por favor, escriba a mi madre y dígame que la estoy esperando en la puerta del cielo. Que no debe llorar, que la estoy esperando.* Y con la sonrisa de un niño entró en la eternidad. Hubo otras muchas muertes que no puedo olvidar fácilmente. Una vez cayó una bomba en medio de un batallón. El cuadro fue terrible. Encontramos muertos a todos los soldados excepto a dos. Los colocamos rápidamente en unas camillas y los cargamos en un camión. Uno de los agonizantes me miraba serenamente. Le saqué la documentación del bolsillo: Era católico. Le pregunté si deseaba recibir la comunión. Me contestó: *Rápido, rápido.* Rezamos juntos el acto de contrición y le administré la comunión. Susurró algo y dijo: *Por favor, escríbale y dígame a mi madre que morí con el Salvador en mi corazón.*

Llegamos a Messina entre constantes ataques por parte de nuestros antiguos aliados italianos. Probablemente quedaron en Sicilia un millar de soldados alemanes. En una lancha rápida metimos a los heridos y pudimos desembarcar al otro lado del estrecho de Messina. La primera noche nos alojamos en una iglesia y después nos pusimos en camino hacia el norte de noche, porque la superioridad del enemigo nos impedía hacerlo de día. En nuestra retirada destruíamos todo lo que podía ser destruido: puentes, viaductos, maquinaria eléctrica... y convertíamos en humo los grandes centros de suministro del ejército italiano. Yo sentía piedad ante tal destrucción, pero en la mayoría de los soldados no había compasión.

Un día cuatro bombarderos aliados vieron que llevaba en lo alto de un camión una bandera de la Cruz Roja y, en vez de atacarnos, dejaron caer tabletas de chocolate para los heridos.

En nuestro camino hacia el norte, encontré una acogida fraternal en las parroquias y monasterios italianos y los párrocos, asombrados y gozosos, renovaban mis hostias consagradas. Uno de los días tuve que trabajar yo solo con cien heridos. Les preguntaba si eran católicos. En caso positivo, después de un breve acto de contrición, yo con las manos ensangrentadas, depositaba el Cuerpo de Cristo en aquellos labios temblorosos. Muy pronto se me acabaron las hostias consagradas y tuve que conseguir más. Fui a una iglesia. Delante de la iglesia había tres sacerdotes dos jóvenes y uno no muy anciano. Salté del tanque con el casco puesto y el rostro, las manos y el uniforme cubiertos de sangre. Saqué del bolsillo la nota del obispo de Patti, dando gracias a Dios, porque estuviera escrita en italiano. Ellos me aseguraron que no tenían hostias consagradas. Comprendí que no confiaban en mí como soldado enemigo bañado en sangre. Así que hablé en italiano, gesticulé y saqué del bolsillo un papel que me acreditaba como miembro de la Orden franciscana. No reaccionaron.

Entonces uno de nuestros soldados sacó su pistola automática y los tres levantaron sus manos temblorosas. Otro soldado vigilaba desde el tanque al resto de la población mientras nos dirigimos a la iglesia. Se negaron a darme hostias y tuve que obligarlos: ¡Qué curioso era el hecho de que, en aquella guerra en la que no había apuntado a nadie con mi arma tuviera que hacerlo con sacerdotes en lugar de con enemigos. Encontramos la llave del sagrario. Hice un corto acto de adoración. Los tres sacerdotes me vieron abrir el sagrario. Tomé las sagradas hostias que necesitaba. El sacerdote anciano lloraba y le dije: *Padre, las hostias son para los moribundos ¿Puede usted darme la bendición y a ellos a través de mí?* Por fin comprendió que yo no era un ladrón ni un asesino y colocó sus manos temblorosas sobre mi casco.

Fuimos en el tanque hasta nuestros soldados. Había habido un enfrentamiento y muchos de nuestros soldados estaban tendidos en el campo de batalla. En el camino encontramos grupos de ingleses, que al verme con la bandera de la Cruz Roja, se acercaron amistosamente y nos ayudaron a cargar a los heridos. Entre ellos había algunos católicos que, comprendiendo lo que yo estaba haciendo con los moribundos, se arrodillaron y nos dieron té y chocolate para los heridos.

El 1 de enero de 1944 de camino hacia el frente me encontraba en Roma. Deseaba hablar con el Santo Padre, pero era casi imposible, pues las tropas alemanas habían rodeado el Vaticano. Una noche, después de cenar en el monasterio de San Antonio con el General de la Orden franciscana, le pedí que

me consiguiera una audiencia con el Papa. Era para pedir las Órdenes sagradas para ser sacerdote. El padre General se echó a reír, porque no había terminado mis estudios de teología. Y contestó: *Una audiencia con el Papa está fuera de lugar. Yo no me desanimé. Yo debía hablar con el Papa.*

A la mañana siguiente fui a la embajada alemana y solicité una entrevista con Herr von Kessel para un asunto personal. Era uno de los implicados en la conspiración para asesinar a Hitler. Le informé sobre los preparativos del 20 de julio tal como me había transmitido el barón Adam von Trot (para el atentado). Después le pedí que me consiguiera una audiencia con el Papa.

Me indicó que era muy difícil. Llamó a la secretaria y le dijo que llamara al Vaticano con la oficina del Santo Padre. Y al momento volvió la secretaria, diciendo que el Santo Padre me recibiría. Puso su coche a disposición y me llevó al Vaticano. Me recibió la guardia suiza. Un oficial de la guardia suiza me recibió para escoltarme escaleras arriba y un prelado me preguntó sobre lo que deseaba del Santo Padre. Le respondí que quería hacerle dos peticiones y les llevaba el saludo de un grupo de cristianos no católicos, que rezaban por Su Santidad.

Al pedirme que concretara mis deseos, respondió que deseaba pedirle el sacerdocio, la respuesta fue que, sin haber estudiado, era completamente imposible. Yo le respondí que lo que hablara con el Papa o me debiera responder dependía de él y yo. Lo dije alto y fuerte. Entonces el prelado me contestó: *Ha pasado ya el tiempo de una audiencia. Vuelva usted mañana.*

Entonces le dije de malos modos: *Yo soy un soldado y mañana debo reunirme con mis tropas, he de ver al Papa hoy. Se me ha prometido y tengo derecho.* El prelado estaba frío y respondió: *Lo siento, debe marcharse. Yo insistí: No voy a marcharme. Si usted insiste, se acabó. Si es necesario, veré al Santo Padre por la fuerza.* Y metí la mano en el bolsillo. Por supuesto no llevaba pistola, pero él lo creyó y mostró un rostro más amistoso. Se fue, volvió rápidamente y me anunció: *El Papa puede recibirle unos momentos, pero no quiere oír hablar de su última petición.*

Entramos en una sala donde esperaban otras personas. Recé a santa Teresa de Lisieux, recordando su experiencia con León XIII. Entró el Papa y todos nos arrodillamos. Las madres lloraban y él las consolaba y bendecía a sus niños. Era un verdadero Padre. Mi prelado estaba a su lado y decía algunas palabras sobre cada uno. Por fin vino a mí. Le manifesté el saludo de los hermanos evangélicos y dijo por dos veces que los bendecía a ellos y a sus hijos de todo corazón.

Entonces, como un torrente, empecé a hablarle en alemán: *Soy soldado, sanitario. No mato sino que trato de salvar cuerpos y almas. Los soldados mueren a miles sin sacerdote que los oiga en confesión. Nueve divisiones alemanas nuevas carecen de sacerdote. Le suplico humildemente que me admita al sacerdocio para que esos soldados moribundos se puedan confesar. Los estudios de teología los haré después de la guerra. Le mostré la carta del obispo de Patti con el permiso para dar la comunión. Le hablé de la hermana Solana que llevaba 20 años rezando por mí y me había insistido en esta audiencia.*

El Papa me dio la bendición y me dio una nota para mi ordenación sacerdotal. Cuando llegué al monasterio de Roma, el general me vio y riendo dijo algo sobre el tedesco furioso. Cuando le mostré la nota, no daba crédito a sus ojos y me ofreció la más calurosa felicitación meridional: una buena cena esa noche. Mi ordenación estaba prevista para el 30 de enero en la iglesia de las catacumbas de San Calixto en Roma y me iba a ordenar un obispo franciscano, pero hubo que postergarla.

Al día siguiente regresé al frente, como mi regimiento se había marchado, volví hacia Roma. En el camino de regreso a Roma me quedé dos semanas en un lugar donde había una iglesia regida por un fraile capuchino. El anciano sacerdote me enseñó cada día las rúbricas (ceremonias) de la misa y me dio saludables consejos. Pero todo se detuvo, porque el 24 de enero me ordenaron con urgencia dirigirme a Cassino, donde americanos e ingleses habían iniciado una inesperada ofensiva de invierno. Muestras tropas tuvieron que salir de Cassino. Tuve que enviar un mensaje a Roma, avisando de que no podría ordenarme a fin de mes. Estando en Cassino recordé que el abad era también obispo y quizás podría ordenarme. Hablé con el abad. Era un respetable anciano cuya dulce apariencia revelaba una vida de oración. Le conté mi historia.

Pero la ansiada ordenación fue imposible. Había muchos cadáveres por todas partes y muchos heridos que atender. Quise ir por algunos heridos y fui cercado por varios soldados ingleses. Yo enarbolaba la bandera de la Cruz Roja. Un oficial me registró mientras otros me apuntaban. Conmigo había algunos camilleros y a todos nos dieron té y chocolate, pero estábamos prisioneros. De pronto, vi un militar con una cruz. ¿Será el capellán? Me aventuré a hablarte: *Padre yo soy franciscano.* Me miró y con voz fría contestó: *Tu eres un sucio alemán.* Respondí: *Por fuera soy un sucio alemán, pero por dentro soy franciscano.* Le manifesté que tenía una carta para él. Le entregué el escrito del Papa. Me rodearon. El sacerdote en tono conciliador dijo: *¿Quieres algo? Sí me gustaría bajar los brazos y también que me devolvieran el reloj y las demás cosas que me han quitado.* El mayor ordenó la devolución, llamando ladrones a los soldados. No solo me devolvieron mis cosas, sino también las que habían tomado a los muertos, heridos y prisioneros.

Como éramos prisioneros nos trasladaron a un lugar de África del Norte. Después de seis horas de vuelo llegamos a Birkadem en Argelia, donde nos interrogaron. Nos habían capturado en enero de 1944. Cerca de donde estábamos, había un monasterio dirigido por franciscanos que tenía unos 40 seminaristas de diferentes diócesis y Órdenes. Todos eran alemanes prisioneros, vigilados por soldados aliados. El Superior Raphael Walzer los dirigía y daba enseñanzas de teología, filosofía y patrística. Allí aprendí mucho. Estuve tres meses en el lugar. El abad Raphael había entregado mis papeles al arzobispo de Argel, quien después de algunas investigaciones los consideró auténticos. Así se determinó la fecha de mi ordenación sacerdotal para el 24 de junio. Pasé unos días previos de retiro y llegó el gran día en el que un obispo francés me ordenaba a mí, un prisionero alemán ³⁸. Incluso en la guerra el amor trasciende a los ejércitos en lucha, pues arrodillado ante mí para recibir la bendición estaba un general francés, que besaba las manos recién ungidas de un soldado alemán, un sacerdote acabado de ordenar.

De Argelia nos trasladaron a una prisión en Marruecos. Por las noches nos alojábamos con criminales en unas cárceles locales Sucias y malolientes llenas de bichos. Era un mundo de corrupción. En las cárceles reinaban las peleas, los robos y una depravación antinatural, especialmente entre musulmanes.

El día 17 de enero de 1945 estaba celebrando misa en el campo, cuando entraron unos soldados franceses. Antes de que me arrancaran del altar y me maniataran, tuve tiempo de administrar la comunión y de guardarme en el bolsillo las hostias restantes. Me examinaron, me interrogaron. Le entregué la cajita con las hostias a un guardián francés, que era católico y que más tarde me la devolvió. Me encerraron desnudo en una celda helada sobre un suelo de cemento sucio y mugriento y sin comida. A la mañana siguiente, en un coche vigilado me llevaron hacia el norte. Me tenían tendido en el suelo boca abajo, vigilado por un guardia armado. Yo estaba muerto de hambre. Era un manojo de piel y huesos. En otoño había tenido una infección pulmonar. El estar en la celda helada sobre el cemento frío me hizo empezar a toser y a tener fiebre alta durante varios días. Un vigilante se asomaba continuamente a la puerta por si tramaba algún perverso proyecto. Pude escuchar las cosas más increíbles que se decían de mí. Yo era un enemigo de Francia, era un nazi de los peores, responsable de la muerte de muchos extranjeros, sobre todo franceses. Era un criminal, ya que había engañado al Papa, recibiendo una ordenación inválida. Lo más increíble era que me acusaban de haber sido el primer comandante del campo de concentración de Dachau.

³⁸ Ib. pp. 149-156.

Los jueces me mostraron 27 firmas de compañeros de prisión, que juraban que yo era un odiado nazi. Entre ellos figuraban algunos que habían venido diariamente a recibir comida de la que me enviaban las hermanas franciscanas. En sus juramentos escribían los nombres y fechas y las circunstancias en las que me habían visto cometer crímenes. El médico que me visitó avisó al padre Buenaventura, que con sus aterradoras palabrotas, vino a visitarme. Me cogió y me cargó sobre sus poderosas espaldas. Me introdujo en su coche y pronto estaba cómodamente acostado en su propia cama. Regresó con un gran cerdo. Permanecí dos semanas en su cama. Por la mañana me traía la comunión y tres veces al día me servía una chuleta de cerdo con la orden de que me la comiera toda. En dos semanas estaba bastante restablecido y me devolvió a la prisión. Pero las cosas seguían su curso y el 27 de febrero de 1946 a las 5 p.m. vino un oficial francés para decirme que en la noche siguiente sería fusilado. Yo le dije que iba a llegar al cielo rápidamente.

Aquella noche me dieron buena comida y a las 2:30 a.m. entraron diez soldados y se llevaron a algunos prisioneros para aplicarles la pena de muerte. A eso de las tres se abrió la puerta de mi celda y entraron cuatro hombres: el oficial de la tarde anterior y tres soldados. Me anunció: *Levántate, la compañía espera en el patio*. Le dije: *Tendrán que llevarme, porque no puedo andar* (me sentía muy débil). El oficial mandó salir a los tres soldados. Sacó su espada y puso la punta sobre mi pecho y me preguntó: *¿De verdad vas a ir al cielo?* Respondí: *Así lo espero*.

De repente apartó la espada, se sacó el cinto, dejó en el suelo su casco de acero y, tomando mis manos, explotó: *Padre, quiero confesarme*. Yo me quedé sin habla... Lo confesé. Lloraba mientras lo hacía por primera vez en largos años, luego me besó las manos. Se sentía feliz como nunca en mucho tiempo. Estaba convencido de mi inocencia, pero no podía hacer nada. Le di de comulgar y seguía llorando. De pronto, oímos un gran estrépito en el exterior. El oficial se puso de pie y tomó su arma. Entonces entró en la celda otro oficial. Llevaba en la mano un papel. Hablaron excitadamente. Salieron y cerraron la puerta. Oí varios disparos en el patio. Oí marchar a algunos soldados y después el silencio... Caí dormido, muerto de cansancio. Días después supe que había llegado de París la orden de reabrir mi caso y, como se descubrió después, la Santa Sede había intervenido tomando cartas en el asunto. Yo estaba salvado y aquella confesión extraordinaria que retrasó la ejecución, conspiró con la oportuna llegada de la orden de París, que una vez más me arrancó de las fauces de la muerte ³⁹. Dos días después me trasladaron a Marrakech a un campo al sur de Casablanca. Pasé un día maravilloso con un piadoso y buen hermano franciscano. Me enviaron a

³⁹ Ib. pp. 204-212.

una gran prisión donde celebré la Pascua con unos hombres enfermos del alma y del cuerpo.

Al día siguiente, me llevaron al campo de Uarzate, que era un campo para oficiales y no había capellán. Al llegar, me llevaron a una habitación llena de oficiales. El general me llamó y me estrechó la mano. Al quedarnos solos me pidió la bendición. Era un católico de cuerpo y alma y me prometió ayuda, pero poco podía hacer, porque iban a estudiar de nuevo mi caso. Le pedí que me trajera mi maletín con las cosas para la misa y el equipaje. Pude celebrar la misa. Comprendimos que necesitábamos una capilla y a las tres semanas, ya recuperado, empezamos a edificarla con gran entusiasmo y con la ayuda del general. Acabamos pronto y resultó muy hermosa. Los oficiales trabajaron duramente.

Pedí hablar con una religiosa llamada Verónica que rezaba por mí. Me dijo: *Veo lo bueno que es Dios; he rezado y padecido durante veinte años, y Él me ha premiado generosamente.*

No pude pronunciar palabra. Ahora comprendía la otra razón por la que me había convertido en sacerdote de un modo tan especial... Dios había aceptado las oraciones y los sufrimientos de aquella alma santa, como había aceptado las oraciones y súplicas de la otra hermana, Solana May.

Una vez más, el poder de la oración me iba a devolver a casa inmediatamente. Estuve descansando durante un día en el monasterio de Grimmenstein, cerca de Walzenhausen, donde desde hacía quinientos años estaban asentadas las Hermanas de la Adoración Perpetua. La Superiora, Hermana Maira Theresia Jocham, me había escrito pidiéndome que fuera a visitarlas cuando pudiera, y esta era la ocasión.

Allí escuché la siguiente historia: “Durante el mes en que fui condenado a muerte por un tribunal militar en África, un padre suizo tuvo la oportunidad, como amigo de un oficial francés y del capellán de Mequinez, de leer la documentación relativa a mi caso. Estaba convencido de que no era más que un conjunto de mentiras y fraudes. También sabía que la sentencia se iba a cumplir en muy corto plazo, así escribió rápidamente a las Hermanas de Grimmenstein, explicándoles el caso y haciéndoles una llamada urgente para asaltar el cielo con peticiones por la salvación del joven sacerdote alemán. Las Hermanas rezaron día y noche en continua adoración, y ya he explicado el singular modo en que se produjo mi rescate. La Superiora me dijo: Hemos rezado por usted durante meses y años. Nuestras plegarias fueron escuchadas”⁴⁰.

⁴⁰ Ib. pp. 238-240.

Después de muchos días, me trasladaron en barco a Francia, a un campo cerca de Chartres, que era para seminaristas. Había cientos de ellos. Era una auténtica escuela filosófica y teológica. Algunos profesores estaban recluidos voluntariamente con el fin de enseñar. Tuvimos una ordenación sacerdotal. Yo actué de diácono y el Nuncio apostólico en París, el cardenal Roncalli, futuro Juan XXIII le confirió el presbiterado.

El general francés me dio permiso para hacer algunos viajes y me fui en ropa de civil a Lisieux. Pude celebrar la misa en la iglesia de la tumba de santa Teresita para agradecerle su ayuda. Al regresar al campo encontré la noticia de mi liberación. Después de 9 meses, tenía todos los estudios de teología terminados y aprobados los exámenes. Fui a mi casa en Fulda. Estuve un año, ayudando a un anciano y sabio párroco. Después trabajé con seminaristas en Holanda y Alemania.

Desde 1954 estuvo de misionera en Japón. Fue condecorado por el Estado japonés por sus obras sociales y el consulado alemán lo condecoró con la Cruz al Mérito de primera clase de Alemania occidental. Y decía: *Nuestro trabajo se basa en la oración. La oración es más importante que el dinero. La oración no debe cesar nunca. Nunca podremos calibrar la ayuda que recibimos de este maravilloso ejército de intercesores. Muchos no pueden enviar ayuda material, pero la oración es y sigue siendo lo más importante. Tengo una lista de conventos y Congregaciones, cuyos miembros se unen día tras día a la oración de sus amigos japoneses.*

En 1994 estaba delicado de salud y se retiró a Alemania, pero ahí seguía orando cinco o seis horas diarias, sin olvidar nunca que había sido Dios y no él quien había realizado tantas cosas a lo largo de su vida. Murió el año 2003.

ESPAÑA

FERNANDO DE HUIDOBRO

Vamos a exponer algunos rasgos de la vida del padre Fernando de Huidobro y Polanco, jesuita y capellán legionario en la guerra civil. Fue ordenado sacerdote el 27 de agosto de 1933 en Valkengurg (Holanda) con otros 39 compañeros.

Al comienzo de la guerra se ofreció de voluntario para asistir a los soldados como capellán y fue enviado a la legión, concretamente a la cuarta

Bandera, donde brilló ante todos por su valentía en atender a los heridos. Llevaba siempre consigo en una cajita a Jesús Eucaristía, que era su fuerza espiritual. También llevaba una medalla de las llamadas milagrosas en honor de la Virgen. En sus cartucheras no llevaba balas, solo llevaba medallas, escapularios, detentes y otros objetos religiosos para repartir entre los soldados.

En todo momento trataba de ayudar a los legionarios en sus necesidades básicas y así se hacía su amigo y conseguía que se confesaran y pudieran comulgar. Con los enemigos también usaba de caridad, atendiéndolos a bien morir y a curarlos, si estaban prisioneros, exigiendo que no se los asesinara sin previo juicio, para evitar excesos que se habían cometido y podrían volver a cometerse. Por este motivo escribió al Alto mando de guerra para denunciar algunos atropellos con los prisioneros y consiguió que le dieran la razón y así pudo salvar la vida de muchos prisioneros que fueron bien tratados por su intervención.

Cuando alguien le sugirió que llevara siempre una pistola para defenderse, le contestó: *Yo no he venido a matar, sino a salvar almas*. Y pensando en la salvación eterna de los soldados que Dios le había encomendado, ofreció su vida por ellos y Dios la aceptó. Podemos decir que no solo fue un capellán bueno simplemente, sino un santo y héroe, que merece ser recordado por las generaciones venideras como un ejemplo de entrega y amor a todos sin excepción y de preocupación por lo único realmente importante en la vida: la salvación eterna.

Desde el primer día se le vio comportarse como un veterano y auténtico legionario, valiente en el combate, heroico en su proceder, mortificado en su persona, sacrificado en el servicio y con un atractivo que arrastraba. “Pocas horas después —continúa su comandante— ya se me reveló como lo que fue siempre, porque seguidamente tuvo que sufrir mi Bandera un fuerte bombardeo de Aviación, y aunque el Padre Huidobro acababa de llegar, ya me sorprendió el dominio y la valentía extraordinaria con que empezó a desempeñar sus ministerios sacerdotales. Este concepto se acreció pocos días después cuando decidimos, después de muchas deliberaciones y horas de combate, entrar en el pueblo de Cazalegas, cerca de Talavera de la Reina, que era un punto tan codiciado como inaccesible, y sobre todo muy difícil de lograr por las emboscadas que se preveían. No obstante, entre los primeros legionarios que arrojaron el peligro para entrar en Cazalegas, no se me olvida la estampa del capellán entre los primeros, y no porque él fuera impulsado por un arrojo militar, sino precisamente por el afán de su propio ministerio y de salvar almas, porque seguidamente que yo entré, lo primero que vi fue al capellán postrado de rodillas en plena plaza, al pie de un moribundo que se desangraba con una gran herida en el vientre, y al que el Padre Huidobro prestaba la más caritativa

asistencia. Es de notar, para mayor elogio suyo, que este herido no era de nuestras filas, sino del campo contrario, y, sin embargo, el efecto de esta caridad de nuestro capellán bien se veía reflejado en las miradas de agradecimiento del moribundo. En el puesto de socorro del pueblo de Maqueda, el padre auxiliaba a los heridos. De pronto un avión enemigo divisó el Puesto de socorro y quiso destruirlo.

El Padre Huidobro, al verlo acercarse, invitó a todos a rezar. Hasta cuatro bombas arrojó el aviador, que levantaron nubes de polvo y piedra, pero sin tocar ninguna el Puesto de Socorro. El avión se alejó volviendo al poco rato con nuevas bombas. Ni el Padre Huidobro, ni ninguno de los que le acompañaban, desertó de su puesto. Con la oración en los labios proseguían las curas y seguían administrándose los auxilios espirituales a quienes los necesitaban. El avión seguía también descargando, pero las bombas caían en curva, abriendo cráteres alrededor del Puesto de Socorro, pero respetándolo. Y milagro fue. Porque en las dos horas que duró el bombardeo ni un solo proyectil se atrevió a tocar la humilde casita en que se había instalado el Puesto de socorro y en la que se refugiaban los que se pusieron en las manos de Dios y a la sombra de las oraciones de su capellán.

a) CARIDAD CON TODOS

La Bandera recibió la orden de avanzar a marchas forzadas hacia el pueblo de Torrijos. Pasaba la Bandera por un viñedo. Muertos de sed como iban los legionarios, por el calor y la caminata, varios de ellos se lanzaron a la viña para arrancar algunos racimos y saciar su sed. El capitán mandó que no se interrumpiera la marcha y dijo ¡Adelante! Los legionarios, según su costumbre, obedecieron; pero el Padre Huidobro, con quien no rezaba la orden, al apercibirse, entró en la viña, tendió en el suelo su capote y empezó a cortar racimos; cargando con ellos se echó el capote al hombro y luego, corriendo hasta alcanzar la Bandera, que se le había adelantado unos dos kilómetros, empezó a repartir aquel precioso cargamento entre sus agradecidos legionarios.

En el mismo trayecto de Maqueda a Torrijos, ocurrió otro hecho que refiere el sargento Gutiérrez: Un legionario, a quien tocaba llevar a hombros una ametralladora cuyo peso excedía los 20 kilos al pasar junto al padre Huidobro comenzó fingidamente a decir que no podía más. Al punto el padre cogió la máquina y comenzó a caminar hasta que yo me di cuenta y, reprendiendo severamente al legionario, le hice volver a coger su ametralladora. Tengo la

*seguridad absoluta de que, si yo no me doy cuenta, el padre Huidobro hubiera llevado la máquina hasta que no hubiera podido más*⁴¹.

*El trabajo en los pueblos era de consolar a unos y otros, hablarles de Dios, asistir a los presos que iban a ajusticiar, salvar alguno que otro, muy pocos por cierto. Escenas hay que reaniman y otras hay que deprimen y destrozan el alma. Hay además que bautizar niños, confesar, recoger lo que queda en la iglesia y limpiarla, enterrar muertos. Y luego pasar por las compañías, pararse con todos, ganar amigos para que una mañana cualquiera vengan a confesar poco a poco, cuatro o cinco cada mañana y vayan volviendo los que estaban desde hace tiempo lejos de Dios*⁴².

Su jefe, el Comandante Canos, refiere: *Llegaron los días de operaciones más activas para alcanzar Madrid. Operaciones duras por su anormalidad, por sus sorpresas, por los escasos medios con que las tropas nacionales contaban al principio de la Cruzada. Durante todo este período de dinamismo fue un problema saber cuándo dormía, cuándo descansaba o cuándo comía nuestro capellán. Tenía asiento a la mesa del jefe o a la de cualquier mando de la Compañía. Yo le tenía constantemente invitado, y sólo de tarde en tarde me proporcionaba esta satisfacción entre excusas amables y corteses. Prefería comer en compañía de los simples legionarios.*

b) EL CRUCIFIJO Y LA MEDALLA

“Llegó un herido, procedente de un carro antitanque, con dos balazos en el pecho. Le colocaron cerca del Padre Huidobro. Como la hinchazón de la pierna y la hemorragia no le permitían moverse, me rogó a mí que le diera a besar el Crucifijo. El herido me rechazó: “¡No me vengas con tonterías y déjame morir en paz!”. Yo le insté, que al menos por dar gusto al capellán lo besara. No quiso. Entonces el Padre Huidobro cogió de mis manos el Crucifijo, y rezando con gran fervor, mientras lo miraba, me dijo: “Ahora, dáselo de nuevo”. Se lo entregué al herido y vi con asombro que lo besaba con gran devoción”.

El capitán Iniesta, ejemplo en todas ocasiones y de valor, llevaba siempre consigo colgada al pecho una medalla de la Virgen Milagrosa, a cuya protección se confiaba en los combates. Un día se la había mostrado al Padre Huidobro, quien la besó con muy grande devoción. Se acercó esta mañana al capellán herido, y recordando las veces que el Padre les daba a besar el

⁴¹ Francisco Peiró, *Posiciones y artículos para el Proceso de canonización del P. Fernando de Huidobro*, 1946, pp. 199-202.

⁴² *Ib.* p. 208.

Crucifijo, sacó él su medalla de Nuestra Señora y se la acercó a los labios diciéndole: “Ahora me toca a mí, Padre...”.

El Padre Huidobro, en carta escrita días después a su hermano, describe con brevísima sencillez una escena: “Entró herido en la caseta, donde yo estaba ya con el balazo, un Oficial de carros de combate. Me arrastré a su lado, y tendidos los dos en el suelo, le confesé, porque tenía el pecho herido de un balazo de explosiva y estaba pálido como un muerto”⁴³.

No se limitaba a atender a los soldados. Los prisioneros y aun los elementos civiles que durante los avances de un pueblo a otro se hallaban en ruta, recibían también la atención espiritual y humanitaria del incansable Padre Huidobro.

c) **SERVICIOS A LEGIONARIOS**

El padre Huidobro cargaba como podía alguna botella o recipiente con agua para lavar las heridas de los caían en combate. A esta agua de su cantimplora los legionarios empezaron a llamarla *agua milagrosa*, porque algunos habían sentido un extraordinario alivio al recibirla en sus heridas. A veces también les daba a beber de esta agua que llevaba, para refrescar un poco a los sedientos legionarios sobre todo en verano. Él, como todo legionario, llevaba grandes cartucheras, pero en ellas no había balas sino santos oleos, detentes del Corazón de Jesús y también caramelos para endulzar la boca de los heridos. Cuando llegaba el cartero, él le pedía las cartas para tener el gusto de entregarlas personalmente a los interesados, Y, si había alguna mala noticia, así también podía consolarlos de inmediato. En ocasiones recorría los puestos de los centinelas en las noches y les regalaba cigarrillos y hasta hacía él de centinela mientras lo fumaban.

Cuando tomaron Valdeiglesias, los rojos dejaron en poder de los legionarios mucho material y 60 heridos. Hasta el momento de partir, estuvo el padre, auxiliando a estos prisioneros⁴⁴.

El oficial Juan Parra declaró: *Cuando avanzábamos hacia Madrid, hacía un sol abrasador y lo vi al padre Huidobro recogiendo las cantimploras a los legionarios para llenárselas de agua y luego repartírselas, pues los soldados tenían prohibido detenerse en la marcha.*

⁴³ Valdés Rafael, *Fernando Huidobro, intelectual y héroe*, Ed. Apostolado de la prensa, Madrid, 1966.p. 380.

⁴⁴ Ib. p. 364.

Una de las cosas que más le hacían sufrir y que él ofrecía con amor a Jesús por la salvación de sus legionarios, eran los piojos, llamados *trimotores* por los legionarios. Al padre Viera le dijo: *Estoy plagado de piojos. Desde que estuvimos descansando unas noches en unas casas ruinosas estamos llenos. No sé cómo descartarlos. Mato todos los días de 20 a 30. Me hacen verdaderas ronchas en las espaldas. Y a veces me tienen sin dormir hasta muy entrada la noche, cosa que no consiguen los cañones ni los tiros. Y el nerviosismo resultante es muy desagradable*⁴⁵.

Por otra parte la cosa que más le alegraba era llevar consigo en una cajita a Jesús sacramentado. El mismo decía: ¡Qué feliz me siento, cuando en medio de los combates llevo conmigo el portaviáticos con Jesús Eucaristía!⁴⁶. También llevó en todo momento para consuelo personal la medalla milagrosa de la Congregación mariana. Frecuentemente la besaba con amor maternal a María⁴⁷.

Y el Padre escribió desde Maqueda: *Nuestro estilo es limpio. Nuestros procedimientos, otros que los suyos. Es verdad que ellos fusilan, atormentan, exterminan. Pero es que ellos son criminales. Nosotros, porque somos cristianos y caballeros, sabemos luchar, cara a cara, hasta la muerte, y acometer el peligro, seguros de vencer, aunque sucumbamos en esta vida temporal. Pero no sabemos negar un vaso de agua a un prisionero, ni dejar de vendar sus heridas.*

Otro hecho concreto: *Ignorantes de las grandes jornadas que iba cubriendo nuestro ejército vencedor, subían en un coche unos cuantos jefes milicianos, que iban desde Toledo en dirección a Maqueda. Descuidados, como por terreno propio. Entran en nuestras posiciones, al modo que entra una fiera en la trampa. Al darse cuenta de su equivocación, pretenden huir; era tarde. Al meterse en un desfiladero, funcionan nuestras armas y caen muertos o heridos los ocupantes del auto. El coche yace deshecho en medio de la carretera. El Mando ordena que nadie se arrime a aquel coche, pues está abatidísimo por los fuegos enemigos.*

Sin duda quieren impedir que caiga en manos de la Bandera la valiosa documentación que llevaban.

El Padre Huidobro se encontraba allí en aquellos momentos, y oye que “hemos cazado a unos milicianos”. Inmediatamente sale hacia las trincheras; podría alguno de ellos requerir su ayuda de capellán. El coche, destrozado,

⁴⁵ Ib. p. 417.

⁴⁶ Ib. p. 476.

⁴⁷ Ib. p. 478.

estaba algo lejos de nuestra posición. Su conductor, ya cadáver, con la cabeza rota. Desde la trinchera nuestra se escuchaban lamentos que parecían salir del interior del auto. El Padre no vacila. Hay allí un alma, en trance de muerte, que necesita ayuda sacerdotal. De inmediato salta afuera, con exposición grandísima de su vida. Y mientras los rojos cercanos descargan sus fusiles contra el que se aproxima al auto, él recoge al herido, que, bañado en sangre, yacía tumbado entre los otros cadáveres, se lo carga a costas y se lo trae al pueblo. Tenía una pierna partida a balazos. Su documentación lo denuncia como dirigente marxista. Se arrepintió. Se confesó con el capellán, su salvador; y aun él mismo, públicamente, declaró sus crímenes.

Hacía ya tres días —cuenta el legionario Vicente Reyes— que se oían quejidos desde el parapeto donde ellos estaban. El Padre Huidobro, advirtiendo de lo que podrían ser, dijo a un sargento: “Eso debe ser un herido. Vete a pedir al alférez, de mi parte, que me deje ir para ver lo que es”. El alférez negó el permiso, porque el sitio estaba muy batido. El capellán, obediente, se quedó aquella noche en el parapeto. Como los quejidos seguían, al amanecer saltó el parapeto, y después de largo rato, se le vio que volvía llevando a sus espaldas a un rojo con la cara rota. El sargento corrió en su auxilio, pero le hirieron en un brazo. A poco el Padre Huidobro venía al botiquín con los dos. El mismo rojo dijo a los legionarios que el Padre se había acercado a él, le había abrazado, lavado la herida, dado de beber y metido un caramelo en la boca. Le había preguntado que qué tal estaba. Le había dicho que era de la Brigada Internacional, pero que estaba muy desengañado. Y dijo que se confesó con el capellán. Luego, en el Puesto de Socorro, volvió a manifestarse la genuina caridad del capellán. Como el practicante se negara a curar al rojo, o al menos se resistiera a curarle antes que al legionario, el capellán, casi llorando se dirigió al sargento herido y le dijo: “¿No es verdad, legionario, que van a curar al rojo antes que a ti?”.

Otro caso. Durante el rápido avance de Talavera a Madrid, y en un asalto a una de las trincheras enemigas, quedó un rojo completamente al descubierto. El capellán lo vio y, previendo acaso que aquel rojo fuera recuperable, intimó a los nacionales a que no disparasen, dio un salto y se abrazó al espantado muchacho, que no comprendía quién podía abrazarle en aquel sitio de muerte. Los soldados tuvieron tiempo apenas para bajar sus fusiles... No se olvidará fácilmente este muchacho, mientras le dure la vida, de aquel abrazo de un capellán, que le salvó de morir en una trinchera roja.

La misma caridad ejercía con los que iban a fusilar. Los reconciliaba con Dios previamente; les incitaba a que perdonaran a los que cumplían la triste misión de darles muerte; les acompañaba hasta el último trance. Valga este caso entre otros varios que podríamos referir:

“Inmediatamente después de tomar por asalto un pueblo, hubo que sentenciar a muerte a un rojo. El capellán acudió, como siempre, a prestar los últimos consuelos espirituales y humanos al sentenciado. Puesto junto al muro y terminada la confesión, el Padre Huidobro le pregunta en voz alta: “¿Tienes algo que decir a los que te van a fusilar?” “¿Nos perdonas?”, pregunta visiblemente emocionado el oficial que mandaba el piquete. “De todo corazón. No hacéis más que cumplir con vuestro deber”. Y después, volviéndose al capellán: “Padre, ¿no me dejarán insepulto?” “No temas. La justicia te ha condenado a muerte, pero te respeta”.

d) NAVIDAD Y SEMANA SANTA

Las fiestas de Navidad de 1936 quiso celebrarlas solemnemente. Como no tenía nada, los legionarios saltaron el parapeto y sin saber cómo ni de dónde, probablemente del antiguo Asilo de Santa Cristina, trajeron altar, ornamentos, tres o cuatro imágenes, candelabros, bancos, reclinatorios, cera y hasta figuras para el Nacimiento y como centro de todo el Niño Jesús, reclinado en su cunita. Con todo eso, celebró la misa con villancicos y adoración del Niño, cuyos piececitos fueron besando los legionarios uno a uno. Después comulgaron unos 60. Al día siguiente, lo hicieron más de un centenar ⁴⁸.

El día de Jueves Santo, la noche del 25 al 26 de marzo de 1937, organizó un solemne monumento según sus posibilidades en una chabola resguardada de las balas. Convirtió unas cajas de municiones en gradas y en altar y quedó así formado el Monumento. Celebró la misa y formó turnos de vela entre oficiales y legionarios para hacer guardia hasta llegada la noche. Y los demás, que no estaban de turno, no dejaban de hacer visitas desde sus posiciones. Al atardecer tuvo una Hora Santa ⁴⁹.

El Padre Fernando Huidobro nunca dejó de rezar el Oficio divino, aunque fuera en la noche a la luz de una vela. Todos los días celebró la misa como centro y fundamento de su vida sacerdotal. Los días que había acciones especiales se le veía a las dos o tres de la mañana, cuidando de preparar la misa y poder ofrecer a los demás el consuelo de oírla. No reparaba en sacrificios, aunque fuera exponiendo su vida. Sobre unas cajas, encima de una mesa, en la plataforma de un carro de combate o donde pudiera, instalaba su altar.

⁴⁸ Francisco Peiró, o.c., pp. 249-250.

⁴⁹ Ib. p. 269.

El 5 de abril de 1937 hizo su profesión solemne con el fervor de toda su alma y la renovación del ofrecimiento de su vida al Señor por la salvación de sus legionarios. En carta a su hermano Ignacio le escribe: Por una parte deseo trabajar aún mucho por una España íntegramente católica pero por otro lado está la necesidad de morir para dar fruto como Cristo ⁵⁰.

e) **SU MUERTE**

El comandante Iniesta dice: *El día 8 de abril el enemigo inició un gran ataque que duró cinco días. Se intensificó el 11. El padre Huidobro se encontraba en el lugar de más peligro de las trincheras llenas de heridos y aun de muertos. Le ordené que se retirara al Botiquín. Obedeció y, cuando ya marchaba, me dijo si tenía la medalla milagrosa. Se la di a besar y partió. Llegó al Botiquín abarrotado de heridos, absolviendo y administrando los últimos sacramentos. Estaba en esta tarea cuando entró un proyectil de artillería, que hizo explosión en el interior, ocasionando su muerte instantánea y la de algunos legionarios. Al verlo, me postré junto a su cadáver ⁵¹.*

El día 13, salió encerrado el cadáver en una caja; y en una camioneta lo llevaron a Toledo con el propósito de inhumarlo en el cementerio de esa capital. El hermano Zurbano refiere que destapó el cadáver del Padre, que estaba cubierto por un capote, y le hizo notar el médico que llevaba ya cerca de tres días y conservaba el color natural y la rigidez no era extraordinaria. Tenía la cabeza por detrás destrozada y para trasladarlo a la caja, tuvimos previamente que liarle la cabeza ⁵².

Luego los legionarios recogieron sus restos y el general Iruretagoyena, su Estado Mayor, los ayudantes y un puñado de hombres, lo acompañamos mientras rezaban las preces rituales. Pocas horas después, entrada la noche, hacía su aparición en el cementerio de Boadilla el capellán padre Val, acompañado de varios legionarios, que cubrieron de flores el nicho así como la sepultura de otros caídos gloriosamente en la Cuesta de las Perdices por Dios y por España. El Padre Huidobro fue un sacerdote santo y esperamos que pronto termine su Proceso de canonización y sea declarado beato y después santo.

LA DIVISIÓN AZUL

⁵⁰ Ib. p. 287.

⁵¹ Declaración del comandante Iniesta en el Proceso legionario, Ib. p. 289.

⁵² Francisco Peiró, o.c., pp. 292-293.

La división azul fue una división de unos 18.000 soldados que el gobierno de España envió a luchar contra Rusia dentro del ejército alemán. En total con los reemplazos que se dieron para suplir a muertos y heridos, fueron 50.000 españoles, los que lucharon en las estepas de Rusia, unos 5.300 murieron allí. De ellos, 134 fueron marinos que se incorporaron a la Marina alemana; 659 a la aviación alemana, formando las Escuadrillas azules con 5 capellanes. También debemos anotar que fueron 150 enfermeras para atender a los heridos y un total de 70 capellanes militares.

De los que fueron, quedaron heridos unos 9.000; 1600 por congelamiento y 2.137 mutilados; 8.000 regresaron enfermos, de los que unos 480 estaban enfermos por efecto de las malas condiciones que tuvieron que sufrir como prisioneros. La inmensa mayoría eran católicos y en el frente fortalecieron su fe ante la cercanía de la muerte y la ayuda de los capellanes. Solo hubo 72 falsos divisionarios o infiltrados, que fueron a Rusia solo para poder pasar al ejército ruso como desertores, pero les salió mal la jugada, porque casi todos terminaron siendo internados en las cárceles soviéticas como sospechosos de ser espías. Y algunos de ellos regresaron con los demás (en total unos 370) el año 1954 después de haber podido experimentar en propia carne las brutalidades de las cárceles rusas.

Es importante anotar que una cosa eran los comunistas que dominaban en Rusia y otra el pueblo llano y sencillo, que tenía una fe ortodoxa firme a pesar de no haber podido celebrar sus fiestas religiosas por falta de los popes (sacerdotes ortodoxos) o por prohibición de las autoridades. Ellos, en muchos casos, cuando eran bien tratados por los ocupantes alemanes y, en este caso concreto por los españoles, les ayudaban a pesar del gran peligro que tenían, si después eran tachados de colaboracionistas con los enemigos. No olvidemos que muchísimas iglesias ortodoxas habían sido convertidas en teatros, almacenes, pajaros o lugares públicos. Los sencillos campesinos rusos pensaron en un principio que les iba a ir mejor con los alemanes. Lamentablemente estos no supieron aprovechar su buena disposición y no les tuvieron compasión y los consideraban como espías o colaboradores con los partisanos (guerrilleros) que había en todas partes. En el caso de los españoles y de algunos casos de buenos alemanes la situación era diferente.

En el caso de los españoles, al ver las autoridades militares alemanas el buen trato y la buena relación que había entre los campesinos y los españoles, llamaron la atención para que no hubiera ningún tipo de relación amistosa, aunque esto ciertamente se pasó por alto, incluso no fusilando siempre a los partisanos o no incendiando los pueblos ante la orden de Hitler de retirarse, dejando tierra quemada, es decir, quemando todas sus cosas y casas. Los

españoles, al contrario de la mayoría de los alemanes, no cumplían esas órdenes y se mostraban amistosos y cercanos con toda la gente.

Los capellanes trataron en todo momento que a los soldados no les faltaran los auxilios espirituales de la religión. Gómez Tello, por ejemplo, escribió: *He oído misa en los sitios más diversos, en pajares, a pleno aire y sol, entre espigas ondulosas, en una iglesia católica rusa, que había sido convertida en almacén, sobre el capot de un automóvil, siempre en cuantos sitios nos deparaba el avance de la división*⁵³. En invierno lo normal era celebrar la misa bajo techo por el frío. Solía habilitarse un barracón, una casa semiderruida, una cabaña, un pajar o acaso una tienda de campaña, un bunker, etc. Normalmente la mayoría de los soldados se confesaban, especialmente por Semana Santa, y comulgaban en las misas. No todos, porque había algunos que de religión eran muy ignorantes o eran católicos no practicantes e incluso algunos no creyentes.

José María Blanch, que solía ejercer de monaguillo en las misas de su sector, nos dice: Los domingos, cuando el frente estaba tranquilo, había misa de campaña. El lugar elegido era una pradera rodeada de bosques cerca del Puesto de mando. Sobre un altar improvisado, el capellán disponía su misal y las vinajeras. Acudían a misa de forma voluntaria unas 200 personas entre las cuales había también en ocasiones alemanes⁵⁴.

1. HECHOS CONCRETOS

El sargento José Antonio Montero relata: *En una de las veces que se estaba celebrando una misa, sufrimos un ataque, tanto de fuego de mortero como de artillería, los proyectiles caían sin cesar, explosionando en las proximidades, pero el páter que celebraba la misa, valiente y sereno, dio las comuniones y terminó dando gracias a Dios por nuestro ejército. No hubo ni un solo herido*⁵⁵.

Guillermo González anota: *El páter nos ha hablado de no blasfemar y de no fornicar ni forzar doncellas. Después se rumorea que un sargento y dos soldados habían forzado a una chica de 14 años y que los iban a fusilar*⁵⁶.

El alférez, Ángel Ruiz Ayúcar refiere: “La víspera de Navidad vino el páter a confesarnos. Mi refugio estaba situado aquellos días en el sótano de un caserón ruso, próximo al río Wolchhof. Con tan amplia morada fue fácil

⁵³ Sagarra Pablo, *Capellanes en la división azul*, Ed. Actas, Madrid, 2012, p. 345.

⁵⁴ Ib. p. 349.

⁵⁵ Ib. p. 355.

⁵⁶ Ib. p. 359.

improvisar un confesionario discreto. Este servicio religioso reunió alrededor de mi estufa a casi todos los hombres de la posición. Uno a uno nos fuimos arrodillando delante del sacerdote...”.

Joaquín Usunáriz dice: “Puschkin. Domingo 27 de diciembre de 1942. En las últimas horas de la noche hieren gravísimamente a Teodoro Barrios. Un proyectil enemigo aislado que entra en su cuarto. Herido de pulmón, hígado y vientre. Espíritu magnífico. Confiesa en los primeros momentos con toda entereza, es trasladado al hospital de Mestelewo. Vjrelewo, lunes 28 de diciembre de 1942. Barrios vive aún, pero no se atreven a operarlo. Se despide de todos a quienes conoce perfectamente. Fallece después de otra confesión a las 6 de la tarde”.

En primera línea se llegó a confesar a los voluntarios durante la preparación artillera enemiga, y sobre todo, en la antesala de los golpes de mano ejecutados por las fuerzas propias. En estos casos el Páter se aproximaba a la posición unas horas antes a preparar el alma de los voluntarios que iban a intervenir.

El P. Marcellán “participó” en una acción de este tipo, acercándose a primera hora de la noche a la posición donde velaba la Sección de Asalto. Después de confesar individualmente a los soldados y al oficial a su mando, les celebró la misa⁵⁷.

*Cuando a la luz de las lamparillas del altar, el sacerdote dirigía la palabra a los 51 hombres que tan pronto iban a poner en grave riesgo su vida, sentía una emoción indescriptible. Luego los vio salir serenos, altivos, resueltos y retornar orgullosos de una operación que había salido bordada, perfecta, como realizada fríamente sobre un tablero de ajedrez. Por su parte Juan Tort nos manifiesta: *Me dieron un día un balazo en el vientre, me cogieron varios camaradas y me llevaron a una cabaña. Me dolía mucho y el páter Indalecio me confesó antes de que me evacuasen en una ambulancia*⁵⁸.*

El Páter Jaime Tarracó anota: 7 de octubre de 1942. Unos momentos antes de comer viene mi asistente Carlos corriendo, diciéndome que acaba de haber un herido... Llego el Botiquín y me encuentro al herido y uno debajo sirviéndole de almohada. Allí mismo, mientras él invoca el nombre de la Virgen de Covadonga le administro el Sacramento de la penitencia.

⁵⁷ Ib. p. 362.

⁵⁸ Ib. p. 363.

Día 9: Después de comer viene un enlace de la 3ª Compañía diciendo que ha habido un muerto y un herido. Voy corriendo con el médico, encontrándome al muerto en la trinchera donde le doy “sub conditione” la Extrema-Unción. Momento emocionante, debajo del puente, junto a la carretera y de rodillas sobre la tierra levantada por un morterazo; escena cristiana de la guerra... Más adelante otro muerto de la 4ª Cía. En la trinchera, al anochecer le rezo las exequias. En la chabola de al lado un herido grave. Emoción que siento al decirle que soy el Padre con el apretón de manos que me da.

Día 11: Mientras estamos comiendo, recibo el aviso de un herido grave en la cabeza. Abandono la comida y voy corriendo. En el fondo de una chabola donde yacen tres heridos de la 3ª Cía., administro la Extrema-Unción a uno de ellos que tiene un tiro en la cabeza.

Día 17: Al disponerme a celebrar la santa misa recibo la noticia de la muerte del alférez Martín caído de un tiro en el corazón. Encima de la trinchera le administro rápidamente la Extrema-Unción. Me causan imborrable impresión las medallitas manchadas de sangre que me muestra su asistente.

Día 26: Me avisan que hay un herido grave. Voy corriendo y a pocos metros de la fosa que atravieso, cae un morterazo ruso.

Administro al soldado herido en el emplazamiento del mortero donde todo ofrece un aspecto guerrero a lo más. En el botiquín traen herido a un sargento de la sección de asalto. Al anochecer me anuncian un nuevo herido grave, voy corriendo, pero al llegar acaba de fallecer. Era un soldado de 17 años. Al regresar a mi chabola un silbido de bala me pasa por delante.

Día 29 por la mañana, voy a celebrar misa por ser el cumpleaños del capitán Apellániz. Apenas llegado, me avisan que hay un herido y salgo corriendo, pero al pasar por el sector de la segunda Compañía me encuentro con un moribundo caído en el suelo de la trinchera. Allí mismo le administro los sacramentos con unas manos barrosas y fangosas. Menos mal que el buen Jesús no tiene en cuenta eso. El herido de la primera compañía resulta ser grave y se le hace una difícil evacuación por ser de día ⁵⁹.

El páter Andrades nos dice: *Durante nuestra breve estancia en Sitno, fui requerido por una pobre madre para que bautizara a una hijita recién nacida, haciendo manifestación de su fe católica y pidiendo el bautismo en el seno de la*

⁵⁹ Ib. p. 367.

Santa Iglesia para su hija, verificándose el acto en medio de gran emoción y alegría de nuestros soldados, siéndole impuesto el nombre de María del Pilar ⁶⁰.

El páter Francisco Prado escribe: El día de Navidad quisimos celebrarlo bien. En el local donde duerme la tropa colocamos el altar de campaña. Y sobre la mesa del mismo una manta de soldado. Como alfombra, una tienda de campaña. Como iluminación, unas botellas de gasolina y las dos velas para la misa. El aspecto de la sala es pobre, pero original. De las paredes penden fusiles, macutos, caretas antigás, cantimploras etc. A las doce comienza la misa. Un coro de soldados dirigido por uno de estos canta preciosos villancicos. Un alférez diestro en el manejo del acordeón nos acompaña. Hay silencio y devoción. Fuera, la nieve y un frío intensísimo de más de 30 grados bajo cero. No tenemos imagen del Niño Jesús y la hemos sustituido por una estampita. Tengo la seguridad de que esta misa de la Navidad de 1941 no se borrará jamás de la memoria de cuantos la oyeron como tampoco habrá de borrarse de la mía que la celebré ⁶¹.

En el Cuartel general la misa de Navidad fue concelebrada por varios capellanes. Cantó un coro de oficiales y soldados y después de la misa el general dirigió la palabra a todos los reunidos. Se había invitado también al pope, único sacerdote ortodoxo de la región, un señor ya de edad. Este pope había vivido en el destierro de Siberia muchos años y solo poco antes de la guerra los rusos lo dejaron volver por su avanzada edad. Como faltaba un Niño Jesús para el nacimiento, se acudió al pope y él prestó a los sacerdotes de la División un Niño Jesús muy hermoso que, al fin de la misa, se dio a besar a todos como es costumbre, iniciando la ceremonia el mismo general Esteban Infantes ⁶².

En la fiesta del Corpus Christi, después de la misa concelebrada, siguió una procesión en la que incluso hubo algunos camaradas alemanes, y todos adoraron a Jesús Eucaristía. El general Esteban-Infantes nos dice: Aun teniendo que recorrer grandes distancias, todos los que no tenían obligaciones precisas que cumplir acudieron a los alrededores de Pokroskaja para acompañar al Santísimo Sacramento. Bajo palio, escoltado por el Cuartel General en pleno, se paseó la sagrada hostia por campos y caminos que llevaban 25 años sumidos en la incredulidad más absoluta. El palio se hizo con dos banderas españolas cosidas juntas. De incensario servía un cartucho vacío de proyectil calibre 7,5. Un poco de incienso habían enviado los capuchinos letones de Riga. El velo de hombros usado para la procesión y bendición con el Santísimo, era igualmente una bandera española ⁶³.

⁶⁰ Ib. p. 370.

⁶¹ Ib. p. 379.

⁶² Ib. p. 380.

⁶³ Ib. pp. 384-385.

2. LA DERROTA DE KRASNY-BOR

El 10 de febrero de 1943 fue el día más trágico y más glorioso en la historia de la División azul. En esa batalla de Krasny-Bor hubo entre muertos, heridos y prisioneros unas tres mil bajas. Fue la única batalla empeñada contra fuerzas regulares de un país extranjero en el siglo XX. La potencia inicial del ataque soviético fue descomunal. La víspera, en espera del más cruento ataque que tuvo la División, hubo tiempo para confesar y comulgar. Se sabía que el ataque sería tremendo y se conocían los efectivos de las fuerzas atacantes y se esperaba un número elevado de bajas. El capitán Alfredo Miranda Labrador tuvo la feliz iniciativa de rogar al páter Pumariño, capellán del batallón, que oficiase una misa en un bunker para que asistiera el mayor número posible de voluntarios. Se celebró la misa hacia las doce de la noche y pudieron oírla con todo recogimiento. La comunión puso una paz total en su espíritu, confortándolos para todo lo que pudiera sobrevenir ⁶⁴.

Los sobrevivientes de la batalla se retiraron hacia el sur en dirección a Sablino, no sin dejar de combatir a patrullas infiltradas enemigas. El padre Tarracó atendió a los heridos. Encontró a un soldado abandonado en la nieve y lo recogió y lo llevó junto con más heridos al puesto alemán de socorro de Nikolskoje. El capitán médico Rafael Ojea y el comandante Payeras fallecerían a consecuencia de las heridas recibidas. El páter fue evacuado hacia la retaguardia en una troika cargada de heridos. José María Blanch anotó: *Cuando retrocediendo paso a paso penetré en un espeso bosque, sabía que tenía alguna probabilidad de seguir con vida. Fue en un claro del bosque donde divisé un trineo tirado por un caballo con cuatro heridos. El caballo estaba herido y se negaba a dar un paso. Entre los heridos había un capellán que me pedía ayuda, porque no quería caer en manos de los rusos. Entre varios pudimos llevar a los heridos y los subimos a un camión. El capellán, al despedirnos, anotó nuestros nombres en una libreta y nos dijo que rezaría por nosotros. Los españoles, defendiéndose a la española, en guerrillas improvisadas, en núcleos pequeños y hasta individualmente a bombazos de mano, tiros de fusil, minas contracarro, y botellas de gasoil, pudieron contener la penetración enemiga hasta el anochecer. El padre Dehesa se distinguió por su serenidad y valor dando auxilio a los heridos de primera línea.*

Un grupo de unos diez españoles se defendía entre unas casas mandado por un capitán capellán y al ver este al sargento Fernández, le dijo: “Por fin encuentro un mando capaz de relevarme”. El sargento le dijo: “Siga usted que lo hace muy bien”. Y le respondió: “¿Pero no ves que soy cura?”. El día 11 lo

⁶⁴ Ib. pp. 440-441.

pasaron sin comer ni dormir y llegó el aviso de que el teniente Hernández Miranda había sido herido. El padre Vargas le habló y le dio la extremaunción, murió días más tarde. Hacía un frío intensísimo ⁶⁵.

Casi todos los soldados y oficiales eran católicos y la mayoría llevaba al cuello la imagen de la Virgen de su pueblo. Había pocos con estudios. La mayoría eran humildes campesinos y pastores de aldeas remotas de Valladolid, Extremadura y Galicia principalmente y modestos artesanos de Barcelona y Madrid. También había de la inclusa, que no tenían padre ni madre, tampoco tenían dinero. Muchos llevaban escapularios de la Virgen del Carmen en el pecho. Casi todos se santiguaban antes de dormir y de entrar en batalla ⁶⁶.

3. VIDA ESPIRITUAL

En los momentos de extremo peligro uno aprende a valorar la vida y saber entregarla por Dios y por la patria. Dionisio Ridruejo nos dice: *Dentro del refugio en las horas de bombardeo, he aprendido muchas cosas. He aprendido a rezar el padrenuestro, a comprender su perfección, su suficiencia. Nada queda fuera de esta oración divina. Todo cuanto el alma puede decir y pedir a Dios está en esas palabras. No he conocido plegaria alguna que me acercase más a Dios para tener una verdadera comunicación con la divinidad* ⁶⁷.

Mariano Fernández Torija refiere de un día cualquiera: *Me tumbo junto a mis camaradas; debajo un poco de paja y una manta y encima tres mantas más. Nos tenemos que acostar completamente calzados y vestidos, incluso con abrigo y correa, si bien este último desabrochado para facilitar más el reposo. El fusil entre las piernas y el casco de cabecera para en un momento dado, salir a la trinchera en condiciones de perfecta defensa. Acostado ya y después de rezadas mis oraciones, me viene a la memoria el grato recuerdo de mi madre cuando de pequeño, las rezaba conmigo seguidas del beso de despedida. Me despierta la voz del cabo de turno al llamarme para el relevo. Hace bastante frío y zumba un viento del norte penetrante y terrible que me da de lado y hace que me cale más y más el casco. Mi corta experiencia ya sobre este clima me hace suponer que estaré alrededor de los 35 grados bajo cero. Es una noche sin estrellas, lóbrega y triste. Viene a mi mente la emoción de la santa misa, oída esta mañana en un chamizo junto a la chabola del Capitán. Frío en el cuerpo y calor en el alma.*

⁶⁵ Ib. pp. 444-445.

⁶⁶ Ib. p. 468.

⁶⁷ Ib. pp. 472-473.

Hielo y ebullición. Y, casi sin pensar, la constante nostalgia de la lejana Patria Me acerco a mi fusil.

*Y disparo una corta ráfaga de balas luminosas que van a perderse en el bosque cercano, en las posiciones enemigas, Además de ser nuestra contraseña, hay que hacerlo con mucha frecuencia, para evitar la congelación de las piezas que paraliza el mecanismo de cierre e impide el funcionamiento. Sería formidable una pequeña escaramuza para desentumecer los músculos y olvidar al menos temporalmente este frío que me consume. En mi ansiedad imploro a la Virgen y rezando se me hace el tiempo más corto. ¡Qué gran remedio el de la oración!... ¡Ah! Dejo escapar un suspiro de satisfacción cuando vuelvo a oír el tableteo del fusil de mi posición. ¡Ya debe faltar poco. Viene mi relevo. Gracias Dios mío!*⁶⁸.

Salvador Zanón escribe en su Diario: *Ayer estuve comulgando; me satisfizo plenamente y me animó mucho. En la marcha a pie anota: “Una sola misa de campaña en medio del bosque oficiada por nuestro Páter, llenándome de una emoción jamás sentida, debiera haber sido suficiente para haber escrito sobre ella varias cuartillas”.*

Y en las operaciones de “La Bolsa”: “Hoy he estado otra vez en la Plaza Mayor. Allí confesé, oyendo alguna vez silbar las balas, afortunadamente altas. También comulgué: ya había pasado mucho tiempo desde que lo hiciera por última vez y estoy contento”.

*Luis Aguilar anota: “31 de agosto: Oímos misa y colocan el altar a la puerta de un pajar. Pido al Altísimo en el momento de alzar que me vuelva a España con vida y gloria. Cómo me acuerdo de mi Patria. Domingo 26 de octubre: Oímos la misa al aire libre y mientras se celebra, la nieve cae sobre nosotros”*⁶⁹.

Tuvimos misa en una choza. Los del interior de la chabola dialogábamos la misa con el sacerdote. Recuerdo que en las primeras palabras del salmo Al Dios que alegra mi juventud me quedé estancado. ¿Era posible que allí quedase algo de juventud y que alguien pudiese alegrarla? Hacía falta, efectivamente, ser nada menos que Dios para llevar algo de alegría a aquel rincón. Pero poco a poco se fue obrando el milagro. Una sensación de paz y de seguridad se fue apoderando de todos nosotros...

⁶⁸ Ib. p. 474.

⁶⁹ Ib. p. 481.

Se distribuye la comunión entre los soldados que hacen guardia en la trinchera: “Bombas con el seguro quitado, armas montadas; pero, eso sí, todos descubiertos, aunque con el casco pendiente del correa. Recorrimos la posición relevando alguno de nosotros a los centinelas, mientras ellos, arrodillados en el mismo puesto, recibían al Señor”.

Es muy difícil que yo mismo pueda explicarme ahora cómo fue aquello. Pero nunca en mi vida lo había vivido, ni cuento volver a vivir cosa semejante. Y mucho menos podrá entenderlo nadie que no se haya encontrado en una situación como aquella.

Aparentemente todo seguía igual en la posición pero algo había cambiado: “No éramos un puñado de piojosos, olvidados del mundo, que defendíamos unos metros de trinchera, sin ilusión y sin esperanza. Éramos gente muy importante. Con nosotros, en una de aquellas chabolas, había pernoctado nada menos que Dios y había recorrido la línea, deteniéndose un rato con cada uno de nosotros... El soldado aquella noche había tenido en el puesto un rato de palique amistoso con Nuestro Señor Jesucristo... No hubo ocasión de repetir lo de aquella noche. Pocos días después ingresaba en el hospital, al mismo tiempo que la mayor parte de mis compañeros de sección recibían sepultura”⁷⁰.

Los soldados españoles, guiados por los capellanes, rezaban el Vía Crucis, el rosario y se consagraban al Corazón de Jesús. Muchos llevaban también un *Detente bala*. Antonio Aragonés afirma: *Noche y día llevo en todo momento en un monedero un rosario que me bendijo en el frente de Rusia el páter Indalecio de mi batallón. Lo hice con la cadena de limpiar el fusil machándola para sacar las 50 cuentas y engarzando un pequeño crucifijo*⁷¹.

En los momentos de aprieto por el fuego intenso del enemigo, muchos rezaban también breves jaculatorias u oraciones como *Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío. Dulce Corazón de María sed la salvación*. O rezaban el avemaría o el padrenuestro. Por las noches, refugiados en chozas pequeñas al calor de alguna estufa, en muchos grupos se rezaba el rosario dirigido por el páter o por un soldado. Julio Borderías declaró: *Me considero católico normal. He rezado el rosario desde pequeño y lo sigo haciendo ahora con 88 años. En Rusia en las guardias, nieve, nieve, nieve. Yo sabía cuándo me iban a relevar por el número de rosarios que rezaba*⁷².

⁷⁰ Ib. p. 483.

⁷¹ Ib. p. 485.

⁷² Ib. p. 491.

Benigno García relata: Se ha acabado de cenar. En una habitación hay un ambiente animado: cigarrillos, charlas, cantos y voces. Uno, no importa quién, anuncia que se va a rezar el rosario. Apagando poco a poco los cigarros, nos vamos reuniendo en un lado de la habitación. Alguien permanece en pie, si le place, otro se sienta en un colchón, otros sobre lo que encuentran. El silencio se hace y allá en la oscuridad una voz: *Por la señal*. Transcurridos unos minutos rasgan los aires los acentos de un himno que pronuncian los labios con apretada emoción. Es el himno de las juventudes de la Acción católica y luego el de infantería que nos hacen estremecer de pies a cabeza ⁷³.

Rosario Aliseda Barba habla de su hermano José, falangista, y dice: El llevaba siempre el rosario que tenía costumbre de rezar a diario y un crucifijo en el bolsillo de la guerrera, además de los rezos del soldado. Había hecho una consagración personal de sí mismo a Jesús por María. Al caer herido en la batalla, según testimonió un compañero superviviente, les dijo a todos: *Rezad para que esté poco tiempo en el purgatorio* ⁷⁴.

Todos los soldados de la División azul estuvieron al ir o regresar, algún tiempo en Alemania. Cuando los domingos salían a pasear, a menudo iban en grupos reducidos a un templo católico ya fuera en las grandes ciudades o en los pueblos cercanos. Hubo quien se confesó con un sacerdote alemán, que no le entendía, pero le dio la absolución. En otro caso, el sacerdote alemán les puso una tabla con los diez mandamientos y la iba indicando cada mandamiento para que el interesado dijera con la cabeza o con mímica que sí había pecado en él. El caso era que entre los soldados españoles y los curas católicos alemanes había camaradería por tener todos la misma fe.

Por su parte, los capellanes tendían a relacionarse con los clérigos alemanes para celebrar misa y con ellos hablaban en latín o italiano. Incluso los sacerdotes alemanes o polacos les invitaban a cenar y a dormir en sus casas rectorales.

Cuando llegaron al frente ruso, observaron la fe de los campesinos rusos. El padre Francisco Prado celebró misa el día de la fiesta de la Virgen del Pilar. Dice: *Preparo el altar y digo la misa predicando sobre la fiesta del Pilar. Se corrió la voz por el pueblo y en seguida, vinieron todas las mujeres y los niños, que estuvieron muy atentos durante la misa, siguiendo las actitudes de los soldados al ponerse de pie o de rodillas. Son, como en todas las aldeas, cristianos ortodoxos. En las casas tienen cuadros religiosos y lamparillas encendidas ante ellos y casi todas las personas llevan colgadas al cuello cruces*

⁷³ Ib. p. 492.

⁷⁴ Ib. p. 50.

o imágenes metálicas. Algunas de las pobres mujeres lloraban y decían que los comunistas no les permitían ningún acto de culto ni manifestación religiosa ⁷⁵.

Gómez Tello refiere: Desde hacía 25 años no celebraban en algunos lugares de Rusia la fiesta de la Pascua. El pope del lugar donde estábamos hizo sobre el pecho tres cruces de la liturgia eslava. El pueblo cantó en coro con voces profundas, como si todo el bosque cantara. Se respira en todas las manifestaciones religiosas de este pueblo que renace tras la persecución una frescura como debió tener la Iglesia primitiva y de las catacumbas. Es una de las sensaciones inéditas que Rusia reserva al recién llegado ⁷⁶. Juan Ackermann anotó: *El domingo de Pascua por la tarde voy a casa de unos rusos, que me reciben con un beso, diciendo: “Cristo ha resucitado”*. El capitán Aramburu declaró: *Nuestro batallón de ingenieros solo disponía de un capellán por lo que participé en pocas misas católicas. Asistí más a las de rito ortodoxo a cargo de popes rusos, pues en aquellas circunstancias eran válidas* ⁷⁷.

Uno de los días vi una señora que había perdido a todos sus hijos y familiares en la guerra y vivía pobremente. Al ver que tenía un icono precioso le ofrecí comprárselo. Me contestó en ruso y me hizo saber que los iconos no se venden, se transmiten dentro de la familia. Al advertir su pobreza, siempre que yo salía al pueblo, le llevaba comida e incluso le donaba algunos marcos alemanes. Al final, a mi regreso a España, fui a despedirme de ella, llevándole esta vez acrecentada alguna cantidad de víveres y dinero. Entonces ella me dijo que yo había sido para ella como su única familia y me dijo que me transmitía el icono. Me hizo arrodillar me bendijo con la formula ortodoxa con el cuadro y me lo dio a besar, indicando que ya me lo había transmitido y que era mío. Desde entonces el icono me ha acompañado a todos los lugares en los que he vivido y siempre me ha inspirado, no solo su valor artístico que efectivamente tiene sino también su significado religioso y el sentido afectivo que para mí y para ella tenía ⁷⁸.

4. ESPAÑOLES COMPASIVOS

Algunos soldados españoles el 20 de marzo de 1943 cuando desde el tren sorprendieron a una brigada de judíos que reparaban la vía, les lanzaron cigarrillos, caramelos y hasta mantas y camisetas, algo inaudito si hubiera sido un transporte de tropas alemanas. Varios hospitalizados en Riga, en septiembre de 1943, que colaboraban con el mando alemán de la ciudad, incluso

⁷⁵ Ib. p. 534.

⁷⁶ Ib. p. 538.

⁷⁷ Ib. p. 539.

⁷⁸ Ib. p. 541.

patrullando por el gueto, presenciaron el fusilamiento, ejecutado por un comando SS de siete judíos que se resistieron a la deportación o en represalia por sabotajes:

“Se marcharon rápidamente en el coche en que habían llegado, dejando allí los cadáveres de aquella infeliz gente, cuando quisimos reaccionar ya era demasiado tarde, entonces nuestro cabo disparó hacia el coche de los alemanes. No dieron la vuelta, poco a poco algunos judíos aparecieron y les dejamos que se llevaran los cadáveres... nosotros marchamos para el hospital y dimos cuenta de lo que habíamos presenciado. El oficial español hizo una protesta al Mando alemán, y no se volvió más para hacer estos servicios”.

La ausencia de racismo antisemita, se percibe en el paso de la División Azul por la ciudad bielorrusa de Grodno, donde había un gran gueto. Casi todos los diarios y memorias consultados de miembros de la 1ª División mencionan el paso por esta localidad.

Entramos en Grodno —anota Guillermo González. Polacos, miseria, muchos judíos. Dejamos en el hospital un herido por el vuelco del camión. Hay 41 heridos y 9 muertos por una mina en Infantería. Parecen algo españoles los judíos, pero tienen la mirada inteligente y aviesa. Se rumorea que a un oficial lo han matado de un tiro. Barrios enteros sistemáticamente destruidos y quemados, es la guerra...

Los informes del mando alemán de Grodno denunciaron la “persistente intimidación española con personas de la raza judía, de la que se hace eco el Museo Yad Vashem de Jerusalén, dedicado al Holocausto:

“Dos meses después (de la caída de Grodno) soldados españoles que participaron en la lucha contra la Unión Soviética pasaron por allí en su camino hacia Rusia. Se quedaron horrorizados ante el espectáculo de ruina y devastación. Según un testimonio un tercio de la ciudad estaba en ruinas... A diferencia de los alemanes, los españoles se mostraron compasivos con los judíos durante su breve estancia en Grodno”.

En especial con las judías como así lo refleja, in situ, el diario de Adolfo de Montagut: “A media tarde llegábamos a Grodno que está muy destrozado por la aviación. Su población es en un 90% de judíos, que para distinguirlos llevan un brazalete blanco con su estrella; se les obliga a llevar una vida de perros y son los que hacen todos los trabajos pesados: en augustow (sic) los judíos, entre los que se encuentran mujeres preciosas, barren las calles. A toda esta gente les tratan los alemanes a palos sin distinción de sexo. Hay una orden que prohíbe

hablar con los judíos, con ellos no hay problemas, pero con ellas se infringe la regla más veces”.

En las las Memorias de Alfredo González Díez recuerda cómo algunos voluntarios españoles, a raíz de su convivencia con los hebreos en las Judenhau, en las que estaba prohibido entrar, aprendieron y cantaron el “Hatikva”, una canción popular judía de la época y que en la actualidad es el Himno del Estado de Israel ⁷⁹.

Antonio Vallejo manifiesta: Lo cierto es que a diferencia de los alemanes, teníamos buena relación con la población. Quizá por la situación en la que estábamos todos, esa incertidumbre de no saber qué iba a ser de nuestra vida, hacía que nos sintiéramos cercanos a los otros. Para nosotros la población rusa significaba un poco de amparo, esa familia que no teníamos, porque estaba muy lejos, y nosotros para ellos para toda aquella gente allí indefensa, éramos su única protección frente a las calamidades de la guerra. El recuerdo de aquella gente es magnífico ⁸⁰.

Con frecuencia los españoles entregaban tabaco y otros objetos a los prisioneros que en columnas eran arrastrados hacia la retaguardia y protestaban sus guardianes alemanes. Más esclarecedora es la acusación de un testigo cualificado como el general Muñoz Grandes: en el archivo del general Varela entre otros informes de los de la División azul obra uno en el que aquel expone la crítica reacción de los divisionarios respecto del trato dispensado por los alemanes a los judíos y a los prisioneros de guerra, los cuales son fusilados, dejándolos luego tendidos como perros sin darles entierro ⁸¹.

Juan José García dice: Sorprendidos infraganti dos rusos, partisanos tal vez, que estaban colocando minas en nuestro camino a Nikitkino, los juzgaron en el acto y nos los entregaron con el mandato de ejecutarlos dentro del bosque. Introducidos en la espesura, él, Bañales, fue quien les mandó correr. Les decía: “Corre, corre”, y les disparaba al suelo o a lo alto hasta que bien metidos en el bosque escaparon. Nadie se enteró ni tal vez ellos, pues pudieron creer que fallaron los disparos, cuando en verdad les disparaba para salvarlos ⁸².

Se afirma que en alguna zona hubo cierto pacto de no agresión españoles-partisanos, siendo los aldeanos los primeros interesados en que no fuera roto.

⁷⁹ Ib. pp. 600-601.

⁸⁰ Ib. p. 621.

⁸¹ Ib. p. 633.

⁸² Ib. p. 645.

Incluso la población local llegaba avisar a los divisionarios de la presencia de guerrilleros con el objeto de que unos y otros no se vieran las caras ⁸³.

5. EN NAVIDAD

En los envíos por Navidad algunos familiares anotaban: *Para que nada les falte a los que luchan contra el Comunismo, en cada paquete enviaremos también un devocionario con la liturgia del día, una estampa que al dorso llevará un pasaje bíblico y los retratos del Caudillo y José Antonio.*

La paquetería era variada y no toda llegó a su destino, porque hubo quien no lo recibió, lo recibió ya abierto y tarde o recibió más de un paquete. Por individuo, en principio, estaba previsto el “Aguinaldo del Führer”, el “Obsequio del Caudillo” (coñac para oficiales y para suboficiales a compartir con la tropa, tabaco para todos y bombones para las enfermeras) y el “Aguinaldo del SEU” que entre libros, vestuario, papel y sobres para escribir, tabaco, alimentos y coñac, incluía para sus afiliados una medallita de la Virgen de las Angustias. Las instituciones provinciales, ayuntamientos, diputaciones y delegaciones de Falange, también enviaban a los voluntarios de su provincia o de su ciudad paquetes específicos con suministro alimenticio, de vestuario y patriótico-religioso. A su vez, los colegios profesionales o cuerpos estatales, como el de prisiones y correos, aparte de hacer envíos generales para la División, remitían paquetes para sus miembros enrolados en esta, sin olvidar el detalle u obsequio religioso. Los particulares e instituciones religiosas también colaboran reuniéndose en la prensa extensas relaciones de donantes algunos de los cuales también se descuelgan con aportaciones de orden religioso.

“Bilbao, 6 de noviembre de 1941. Entre los donativos recibidos para la División Azul figura uno de 1.500 crucifijos, hecho por D. José María Olavaria”; “Albacete 15 noviembre de 1941: Obispado, 200 rosarios y tabaco para nuestros voluntarios”; “Victorino Huertas, 1.000 medallas de la Virgen del Pilar y 1.000 libros para rezar el rosario” ⁸⁴.

También le enviaron el libro *Rezar para el frente*, además de ropa de invierno.

Poquet Guardiola nos dice: *Era la décima Navidad en el cautiverio lejos de mi patria y sin noticias de los míos, sin ninguna esperanza por el momento si esto no era bastante, condenado a 15 años de reclusión. Pero, sin lugar a dudas,*

⁸³ Ib. p. 646.

⁸⁴ Ib. p. 549.

*esta fue sin embargo la mejor Navidad que conjuntamente con los alemanes y flamencos, organizamos un pequeño festival. Rudi Petri, un viejo lobo de mar alemán y suboficial del Untersebot U/3, actuó como un simpático payaso; José Abad, que sabía hacer de todo, actuó como clown malabarista; Enrique González, nuestro tenor, con sus maravillosas canciones nos hizo olvidar las penurias del cautiverio y recordar con verdadera emoción la Patria. También a las 12 de noche, teníamos una Misa oficiada por el Páter Ludwig que al final, lleno de emoción, pedía al Señor por todos los presentes, por nuestro caídos, por nuestros familiares y por nuestra pronta repatriación*⁸⁵.

6. REGRESO A ESPAÑA

Al regresar a España con vida, sea en los primeros reemplazos durante la guerra o después de 12 años pasados en las cárceles rusas en 1954, todos se deshacían en acción de gracias y en sus pueblos les daban una gran recepción con misa y agradecimientos a Dios y a la Virgen del pueblo. Todos fueron muy agradecidos por volver con vida del infierno ruso.

El número aproximado de los prisioneros en campos de concentración o gulags rusos fueron en torno a 470, pero unos cien murieron en los cuatro primeros años por las extremas circunstancias y sufrimientos soportados, además de los trabajos forzados y la mala alimentación. Además de las enfermedades contagiosas. Además en las cárceles rusas no podían recibir los sacramentos ni asistir a misa. Al principio de su detención fueron despojados de sus escapularios, detentes, medallas y cualquier otro objeto religioso. Esta situación difícil hizo que algunos en los interrogatorios dijeran que no profesaban religión alguna, pensando que así podían ser mejor tratados que los que se declaraban creyentes, lo que no fue cierto en realidad. El capitán Palacios intervino para profesar públicamente su fe y esto fortaleció a otros soldados y oficiales para aceptar su situación de católicos sin negarlo en el futuro.

En los momentos difíciles muchos invocaron a la Virgen como madre nuestra. Dice Luis Pinilla: *Los que vivimos aquel cautiverio de Rusia, invocamos a la Virgen en el silencio de las noches rusas. Allá entre el cielo y la tierra, en aquel mundo vacío de las estepas, allá se prometió y rezó mucho a la Virgen del Pilar. Eran momentos de verdadera angustia y congoja, desesperación, de hambre, de calamidades múltiples, de castigos inhumanos, de un deseo de dejarse morir, etc. Siempre estuvo ella en nuestras contrariedades*⁸⁶.

⁸⁵ Ib. p. 577.

⁸⁶ Ib. p. 572.

En enero de 1954 varios súbditos alemanes repatriados informaron acerca de los españoles presos, que los rusos tenían incomunicados con el exterior, porque estaban muy unidos. La misa y otras manifestaciones religiosas estaban completamente prohibidas, pero todos tenían algún crucifijo o imagen que les servía de sustituto en sus oraciones y la única esperanza que les mantenía en sus sufrimientos era la de volver algún día a la patria. Luis López refiere: *Allí no se podía rezar en grupo, porque te castigaban, cada uno rezaba por dentro sin llamar la atención. La religión estaba perseguida.*

A comienzos de 1950 comenzaron a llegar paquetes a los españoles por conducto de una Asociación de la Iglesia evangélica alemana en Múnich. Los guardianes saqueaban su contenido o quitaban las etiquetas con los nombres, puesto que los de la División azul no estaban autorizados a recibir correspondencia. En un paquete, dirigido a un español, que había sido sustraído, gracias a la intervención de un prisionero alemán, amigo del capitán Palacios, aparecieron dos estampas de la Inmaculada Concepción pintada por Murillo. Y esto sin descartar que los familiares de los presos rezaban intensamente por ellos para que pudieran volver a casa

El anuncio de la repatriación, en el otoño de 1953, fue festejado con otra singular misa de acción de gracias en el Campo de Tseherbakof, donde se estaba concentrando a los españoles. Fue concelebrada por dos sacerdotes cautivos, Pietro Alagiani S.J., capellán castrense y prisionero de guerra, y el misionero con destino a Ucrania Dr. Savata, católico de rito oriental, encerrado a la sazón en el Gulag por disidencia: la misa fue muy solemne, con cánticos al acordeón, llegándose a comulgar bajo las dos especies. En la comunidad de cautivos españoles se guarda un especial recuerdo de otro capellán italiano, el pequeño en estatura física pero no en la moral, Don Giovanni Brevi S.J. que coincidió con los españoles en el Campo de Suzdal y en Borovichy. Entre otros servicios espirituales, ayudó a bien morir el 16 de junio de 1953, en este último "Lager" a un piloto de la República afectado de tuberculosis. Eusebio Pons López. Cosa insólita en el "Gulag", el cuerpo de Pons, metido en un ataúd de madera, recibió sepultura como si de un entierro católico se tratara ya que el P. Brevi rezó un responso público y los prisioneros españoles y de otras nacionalidades, rezaron ante la tumba. Dicho cura italiano, además, cuando fue repatriado a su país en enero de 1954, envió noticias de nuestros compatriotas a sus familias en España. Las condiciones de los "Lager" por aquella época se habían suavizado puesto que según describe el Capitán Oroquieta, a partir del año 1949, se pudo celebrar la santa misa los domingos a cargo de capellanes castrenses alemanes en el Campo Bovoroski de Cherepovietz:

"Los ornamentos sagrados que vestía el sacerdote fueron confeccionados por algunos prisioneros habilidosos utilizando sábanas y trozos de tela de color

o teñidas como lo permitían las circunstancias. En el modesto altar solamente había un pequeño crucifijo, conservado por cualquier cautivo a costa de grandes sacrificios. Era impresionante la liturgia de la misa en aquel ambiente de catacumbas. Pero la ocasión se prestaba al fervor más profundo, participando del dolor de la Iglesia del Silencio. Era evidente que el Señor nos manifestaba su misericordia, aliviando la carga que soportábamos”.

7. LA REPATRIACIÓN

En la repatriación efectuada a bordo del buque Semiramis se incorporaron en Estambul, además de autoridades, periodistas; policías y miembros del Servicio de Información del Ejército, dos sacerdotes: el famoso capellán divisionario, Páter Indalecio y el no menos célebre Padre Caballero. Ambos se dispusieron a recibir confesiones y celebraron la santa misa en el buque al día siguiente, en plena travesía. Rufo de la Fuente declara: “En aquella misa lloramos todos, era nuestro primer acto solemne en libertad... fue indescriptible.

En la intimidad sacerdote-penitente, ¡qué confidencias debieron de oír estos curas de labios de los excautivos!... Ángel Salamanca entre otros, era la primera vez que se confesaba desde hacía doce años y recordaba que casi no le impusieron la penitencia porque el cura le dijo que con lo que había pecado, había reparado con creces todas sus faltas ⁸⁷.

REFLEXIÓN

Ciertamente los capellanes exponen su vida continuamente en el frente, ayudando a los heridos mientras arrecian las balas a su alrededor. Muchos han muerto así y muchos han salido heridos, pero al final, vale la pena haber entregado la vida muriendo por atender a los demás. Los capellanes, evidentemente, no todos son iguales. Hay unos más celosos de su misión que otros, unos son más santos que otros, pero en general podemos decir sin temor a equivocarnos que los que han decidido ir al frente a exponer su vida por los soldados, tienen sumo interés en ayudarlos para que todos puedan estar bien preparados ante los imprevistos que puedan ocurrir. Muchos pueden ser hechos prisioneros por los adversarios, otros pueden morir en cualquier momento en la batalla o en tiroteos esporádicos y el deber del sacerdote es que estén listos para presentarse ante el trono de Dios.

⁸⁷ Ib. pp. 577-578.

El sentir que pueden morir en cualquier momento, les hace pensar en la muerte, incluso a los ateos y creyentes de otras religiones. Todos tienen el deseo de regresar a su casa y abrazar a sus seres queridos. Todos deben sentir la obligación de respetar los derechos de los enemigos. Ellos también tienen madres, quizá esposas, hijos y, sobre todo, una familia que los espera en casa. Por ello es de admirar cómo en algunos lugares, como sucedió en la primera guerra mundial entre ingleses y alemanes, tuvieron una tregua por Navidad para confraternizar e incluso poder jugar al fútbol.

En resumen, podemos decir que los capellanes en el ejército, en tiempo de paz y especialmente en tiempo de guerra, son parte importante para que los soldados tengan una moral alta y eviten los excesos que pueden llevar a relajarse, incluso como personas, y no cumplir sus obligaciones, no solo religiosas, sino también militares.

Que Dios bendiga a todos los capellanes y puedan desempeñar bien su misión para bien de todos los soldados en la guerra y en la paz. Que sean para ellos, padres, hermanos, amigos y consejeros espirituales. Amén.

BIBLIOGRAFÍA

- Alagiani Pietro, *Lubianka*, Ed. Apostolado de la prensa, Madrid, 1963.
Brevi Giovanni, *Ricordi di Prigionia, Russia 1942-1954*, Ed. EDB, 2013.
Cavalli Giorgio, *Angelo Giuseppe Roncalli, cappellano militare nella grande guerra*, Garspari editore, Udine, 2023.
Closset Rene, *El cura del infierno*, Ed. Nova terra, Barcelona, 1967.
Franci Fabio, *L'angelo in bicicletta don Giovanni Fornasini*, Bologna, 2018.

- Francisco, *Posiciones y artículos para el proceso de canonización del P. Fernando de Huidobro*, 1946.
- Goldmann Gereon, *Un seminarista en las SS*, Ed. Palabra, Madrid, 2021.
- Häring Bernhard, *Memorias de un sacerdote*, Ed. Herder, Barcelona, 1978.
- Sagarra Pablo, *Capellanes en la división azul*, Ed. Actas Madrid, 2012.
- Valdés Rafael, *Fernando Huidobro, intelectual y héroe*, Ed. Apostolado de la prensa, Madrid, 1966,
- Vittorio Pignoloni, *I cappellani militari d'Italia nella grande guerra*, Ed. San Paolo, 2014.
- Walter Ciszek, *Caminando por valles oscuros*, Ed. Palabra Madrid, 2020.